

187

CARTA PASTORAL

LOS PROGRAMAS

DEL

CATECISMO DIOCESANO

BIG
268
PIL
pro

Por
EL EXCMO. Y RVDMO SR.
D. ANTONIO PILDAIN Y ZAPIAIN

OBISPO DE CANARIAS



-782733-

CARTA PASTORAL

LOS PROGRAMAS

DEL

CATECISMO DIOCESANO

**VENERABLES HERMANOS Y
AMADISIMOS HIJOS MIOS:**

LA GRACIA Y LA PAZ DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEAN CON VOSOTROS: Hojeábamos, durante nuestra última estancia veraniega en Teror, y leíamos y releíamos una porción de tratados de Pedagogía, y otros libros, y monografías y folletos y actas de congresos catequísticos, con la intención de continuar la obra de reorganización catequística diocesana iniciada con la publicación del Catecismo histórico-doctrinal, cuando, de pronto, y con la estremecedora refulgencia característica de las sugerencias geniales, vino a iluminar nuestro horizonte mental la siguiente frase de Hirscher: "El catequista ha de saber que nada ha hecho, si no ha enseñado a sus discípulos a rezar bien".

I) REZAR "BIEN"

Enseñar a rezar "bien": He ahí el primer punto cardinal de nuestro programa catequístico diocesano. Porque yo no sé si lo habrán tenido en cuenta, hasta ahora, todos los catequistas de nuestra diócesis; pero, desde luego, hay un espectáculo.

aleccionador, por contraste, al que cabe asistir en no pocas diócesis de diversas latitudes. Basta para ello el tomar una silla y sentarse junto a la pila del agua bendita de una de las Iglesias, en día y hora de gran concurrencia. Por una señal de la Cruz medianamente trazada, por un signarse o santiguarse regularmente realizados; qué de centenares de garabatos y jeroglíficos y muecas y trazos, a cuaj más absurdos, incomprensibles y disparatados!

¿Habrá temeridad en el suponer que correrá parejas con la “perfección” en el trazo del signo la “corrección” en pronunciar la oración que acompaña al mismo?

Pero; si existen personas—lo hemos scldido comprobar por nosotros mismos—que, al cabo de los años, no se habían dado cuenta, todavía, de qué oración es la que hacemos cuando pronunciamos las palabras correspondientes al signarnos!

Un fenómeno lamentable

Y lo más de lamentar es que este modo de pronunciar las palabras que proferimos, al persignarnos y santiguarnos, no es sino el módulo general, adoptado inconscientemente por muchos, para recitar todas sus oraciones vocales. Comparad, por ejemplo, la manera pausada, acompasada, atenta con que rezan los alumnos de nuestro Seminario, con la manera confusa, distraída, atropellada, vertiginosa con que tantísimos cristianos van mascullando los rosarios que se rezan en las casas y en los templos.

¡Inconsciencia supina! Que sólo por inconciencia puede explicarse que mascullamientos y desganos que, si las adoptásemos para hablar, aunque fuese con personas inciviles y de ínfima categoría, bastarían para que se nos calificase de ineducados y descortesés, las empleemos precisamente para tratar con el Rey de Reyes y Soberano Señor de los hombres todos.

Descortesía, desatención y conducta tan incalificables que los pueblos que son reos de ellas no merecen ni siquiera aquella frase de Dios a su pueblo: “populus hic labiis me honorat”, “este pueblo me honra tan sólo con sus labios”, porque ni con los labios la honra quien de ellos usa para atropellar y destrozar—que no pronunciar—, hasta las sublimes y divinas frases del Padrenuestro.

¿Qué de extraño tiene que el gran San Jerónimo les aplicase su restallante latigazo de “magis placent Deo latratus canum quam hujusmodi orationes”, le agradan mas a Dios los ladridos de los perros que semejantes oraciones?

De manera impía de rezar, la calificó el célebre catequista Gustavo Mey, a esta manera de recitar oraciones.

Y sin embargo es mucho más universal de lo que parece.

A qué obedece ello?

Entre otras muchas causas—ha respondido un genial pedagogo contemporáneo—hay que señalar una, y es que no han aprendido a rezar bien. Saben textos de oraciones, pero no saben rezar.

“Yo estoy persuadido—escribe por su parte el egregio catequista antes citado—de que una buena parte de la culpa de esa manera impía de rezar recae sobre los catequistas antiguos y modernos.

Se han preocupado muy poco del cultivo de la devoción. Particularmente durante los primeros años, en que los niños frecuentan la escuela, no suelen ocuparse con bastante celo en enseñarles a rezar, esto es, en guiarles en la oración y penetrarles del espíritu de la misma. De nada aprovecha el quejarse de la indiferencia de los padres y otras razones por el estilo.

Es preciso que tomemos las circunstancias tal como se presentan, y ahí está a la vista el hecho de que muchos padres creen haber cumplido todos sus deberes, con relación a la instrucción religiosa de sus hijos, si los envían regularmente a la escuela. Si en la escuela—y en la catequesis—, no aprenden los niños a rezar, o no lo aprenden desde temprano y progresivamente, algunos de ellos—la mayoría de ellos—no lo aprenden nunca.

Es cierto que lleva en sí muchas dificultades el iniciar a los niños en el sentido de las oraciones comunes: pero estas dificultades no son insuperables. El Espíritu Santo, Maestro sublime de la oración, habita en los niños: ellos son su templo, y por esto él ayuda su flaqueza. “Rom. 8, 26”.

A nosotros sacerdotes y catequistas nos toca aportar nuestra cooperación.

Cinco adverbios

Por nuestra parte estamos plenamente decididos a que este de rezar bien constituya el primer punto del Programa catequístico de nuestra Diócesis.

Esto de que nuestros niños aprendan a rezar bien habrá de ser, por lo tanto, la labor primera de nuestros catequistas.

Está, la ocupación primera de nuestros sacerdotes.

- Esta, la atención preferente de nuestros Visitadores.
Este, objeto de examen en nuestras Visitas Pastorales.
Este, tema imprescindible de todos los Concursos Catequísticos Parroquiales y Generales.

Rezar "bien"; es decir:

Correctamente.

Pausadamente.

Cortésmente.

Piadosamente.

Inteligentemente.

Correctamente

"Hagamos un experimento elemental—dice el célebre pedagogo antes citado—con los jóvenes del último curso de bachillerato. Hagámosles recitar, por ejemplo, el Credo. ¿Cuántos llegarán más allá de la mitad sin un desliz? ¡Y cuántos habrán tropezado ya al llegar a Poncio Pilato!

Por lo tanto, cuidémonos de que todos los niños sepan bien las oraciones y demás fórmulas del catecismo, y comprobémoslo con frecuencia haciéndoselas recitar **individualmente** y fijándonos en si repiten todas y cada una de las palabras, pronunciándolas y silabeándolas con exactitud y claridad.

Pausadamente

Nada de las atropelladas carreras de vocablos que hemos condenado anteriormente. Para evitarlas, y a fin de dar a las fórmulas de oración la ponderada gravedad de quien tiene conciencia de que, al orar, habla nada menos que con Dios, obteniendo al propio tiempo la uniformidad indispensable para que la oración pública y en común obtenga toda la sublime grandiosidad que le es inherente, hemos creído conveniente señalar con asteriscos—en la nueva edición del Catecismo Diocesano—los sitios para las pausas correspondientes, en el Padre Nuestro y en el Ave María, que son las oraciones que más se repiten.

No me digáis que de este modo prolongáis demasiado la oración, con peligro inminente de que se os cansen y aburran los niños y aun los mayores, porque habré de responderos: "fijad de antemano el tiempo de que disponeis para la oración, uno, cinco o diez minutos, y no receis ni hagais rezar sino lo que, dentro de ese lapso de tiempo, pueda rezarse correcta, pausada y piadosamente".

Que si bien es verdad que a lo poco y bueno es preferible

lo mucho, dado que sea igualmente bueno, es asimismo incuestionable que es mil veces preferible lo poco y bueno a lo mucho y malo. Es decir que es mil veces mejor rezar un solo Padre-nuestro con pausa, atención y piedad a mascullar un centenar de ellos confusa, atropellada, rutinaria y distraidamente.

Porque esta manera de rezar sí que cansa, aburre y molesta.

¿Y no radicará precisamente aquí la razón última de que “haya tantos muchachos que están como acechando el día de su salida de la catequesis o del colegio para abandonar definitivamente todas esas fórmulas de oración que han venido repitiendo maquinalmente desde su niñez, sin sentimiento ni alma”?

Cortésmente

Corrección y pausa no son a fin de cuentas, sino propiedades de la cortesía que ha de ser, desde luego, una de las cualidades primordiales de nuestro hablar con Dios, el Rey de reyes y Soberano Señor de todos los señores.

Cortesía en la actitud. Estén de rodillas, sentados o en pié, compostura respetuosa siempre, y manos juntas y ojos recogidos es lo que debemos exigir siempre de nuestros alumnos, porque es lo que exige la urbanidad con Dios Nuestro Señor.

“Antes de empezar la oración, por tanto, paseemos la mirada por la catequesis o la clase: a ver si hay silencio completo, si los niños están con la debida compostura (manos, ojos...) Después de esta inspección preliminar, empecemos a rezar. Sin esto no se puede hacer la oración común con unción, con alma. La compostura exterior—la moderna psicología experimental lo ha confirmado—ayuda en gran manera al recogimiento interior”:

Y luego, nada de cantinelas, monotonías y canturreos que, si habrían de resultar impropios y ridículos, si los adoptásemos para hablar con cualquier personaje de la tierra, ¡cuánto más no han de resultar ridículos e impropios para hablar con Dios!

“Hemos de poner para ello frecuentes ejemplos prácticos a nuestros niños, a fin de enseñarles cómo se ha de rezar, cómo se ha de hablar con Dios, no apresuradamente, no alargando las palabras, no canturreándolas, sino pronunciándolas con sencillez, con naturalidad, con calor, con alma”.

“En alguna escuela—escribía a este propósito en una de sus encantadoras Pastorales el Excmo. Sr. Obispo de Pamplona, y nosotros, a nuestra vez, hemos tenido la satisfacción de expe-

rimentarlo en algunos colegios, escuelas y catequesis de Canarias—el sencillísimo rezo del “Señor mío Jesucristo”, dicho por una niñita, nos conmovió a todos. No hay cosa más emocionante que oír de labios de los niños las cosas de Dios. En cambio es corriente—añade—que respondan los niños mascullando las palabras, a marchas forzadas, con ansia nerviosa de sentarse y de arrojar de sí un peso ingrato, estando mal compuestos, y hablando sin sentido, sin vibración, sin vida”.

Esto último es cabalmente lo que tratamos de evitar en todas las Iglesias, y en todas las Catequesis y Escuelas de Nuestra Diócesis, proponiendo como primer punto capital de Nuestro Programa de Catecismo el enseñar a rezar bien.

Piadosamente

Claro que esté bien, además de todos los otros adverbios que acabamos de explicar, incluye uno, el más esencial, que no hace falta destacarlo; con tal relieve se destaca por sí mismo, tratándose, como se trata, de hablar con el Padre de los padres, con Padre-Dios, como decís, tan hermosamente, los canarios.

Y es el de que las fórmulas esas tan consagradas, en las que están tan admirablemente condensadas las ideas y los sentimientos del hombre que reza, hay que recitarlas, como lo indica el epígrafe que encabeza este párrafo: “piadosamente”.

“Cuando rezamos, hablamos con Dios” dice el catecismo; sin embargo, al enseñar a rezar—comenta uno de los insignes pedagogos antes citados—olvidamos con harta frecuencia que la oración es realmente la conversación del alma con Dios, y no la recitación mecánica de fórmulas de rezo.

Desde el principio hemos de enseñar, por tanto, y acostumar al niño a rezar de un modo personal, enseñándole a tener una conversación sincera, real y personal con Dios, mientras recita las fórmulas consagradas de oración.

Hemos de advertirle que estas, aunque venerables y dignas de nuestro mayor aprecio y estima, no son sino un medio con que exteriorizamos nuestros pensamientos y nuestros afectos, y que, por consiguiente, todos estos afectos y deseos y anhelos nuestros deben estar en armonía perfecta con las palabras que van profiriendo nuestros labios, a fin de que resulten una verdadera y viva conversación con Dios Nuestro Señor.

Nada más impropio del catequista que el contentarse con que los niños musiten las fórmulas de oración, distraída y negligentemente.

Por el contrario: obligación primordial suya es la de des-

partar y mantener en los niños el interés, la atención y el afecto por la oración, mientras las recitan, y aun antes que se pongan a recitarlas.

Normas importantes

De ahí las normas que, para conseguirlo, ha de tener en cuenta el buen catequista; algunas de las cuales, tomadas de insignes maestros, pudiéramos puntualizar de este modo:

a) Antes de ponerse a rezar—y tras de haber obtenido la indispensable compostura exterior de que hablábamos antes—hacerles reconcentrarse un momento de manera que, al santiguarse y decir “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, piensen que, en aquel instante, empiezan a hablar con el Soberano Dios Uno y Trino, y que, por lo tanto, deben hacerlo con la máxima atención y el mayor esmero.

b) Lo mismo antes, que mientras rezan, suscitar y mantener en ellos el interés por la oración, ora poniéndoles en situaciones: ¿cómo rezarías tú, si tu madre se pusiera gravemente enferma? ¿cómo rezarías, si muriese tu hermano? ¿cómo, si te vieses en un inminente peligro?, ora proponiéndoles motivos concretos de oración v. g. “Te doy gracias, Señor, por haberme dado salud (¡hay tantos enfermos!), por haberme conservado los ojos (¡hay tantos ciegos!), por haberme conservado a mis padres (¡hay tantos huérfanos!)”

c) Procurar que el niño viva este pensamiento: ¿porqué rezo? “Si fuera dueño absoluto de mí mismo, si no hubiese sido creado, sino que existiese por mí mismo, no tendría necesidad de rezar. Pero puesto que todos mis días y mis momentos y mis actos y mi todo depende de Dios, me veo obligado a rezar. Es necesario. Por lo tanto, rezo, no precisamente porque me es dulce el hacerlo, sino porque tengo la convicción más arraigada de que debo rezar a Aquel de quien depende toda mi vida”, la temporal y la eterna.

d) Aprovecharnos de las ocasiones que se nos presentan, durante la explicación de la materia, para hacerles orar con fervor. Nada más lógico, por ejemplo, que al narrar la historia de la Pasión y llegar a la escena de la flagelación, la cerremos v. g. con los sentidísimos versos:

¡ Hombre, no peques jamás.
más, si pecas, pensarás
que a Cristo estás azotando
y que te dice llorando:
¡ Hijo no me azotés más !,

haciéndoles rezar, a continuación, un Padre Nuestro con la intención expresa de pedirle la gracia de no volver más a ofenderle y de que no nos deje caer en la tentación. ¿Qué más lógico, asimismo, que el terminar la explicación de cualquiera de los Novísimos; con la recitación del Santa María; o la de la Contrición, con la del Señor mío Jesucristo, haciéndoles poner toda el alma en ello?

e) Finalmente—observación interesante, sobre todo desde el punto de vista psicológico—**empalmar**, mientras sea posible, la enseñanza de las diferentes oraciones con los sentimientos personales de los niños.

Por ejemplo—y tomémoslo descrito y vivido de otro gran catequista moderno—“queridos niños—empieza diciendo el catequista—hoy falta Javier (todo el mundo mira hacia el puesto de Javier que, en efecto, aparece vacío). Está gravemente enfermo. El médico acaba de decir que tiene una pulmonía. Su mamá está angustiadísima. Pongámonos de rodillas, y pidamos a Dios Nuestro Señor que, si conviene para su alma, le devuelva la salud a Javier.”

Inútil el añadir que aquel Padre Nuestro y Ave María, en aquellas circunstancias, tienen un jugo de fervor y de emoción que debemos procurar siempre en ese dialogar con Dios que constituye la oración. La inconsciencia, la distracción; la rutina, constituyen el parásito más esterilizador de la misma. De ahí el que en cuanto el catequista se da cuenta de que se va introduciendo en la oración de los niños, se esfuerce en sacudirla, obligándoles a interrumpirla durante unos segundos para hacerle reflexionar sobre lo que significa una frase v. g. Padre Nuestro “perdónanos nuestras deudas” o un gesto como la señal de la cruz o la genuflexión”.

Intelligentemente

No es menester que nos detengamos en razonar este adverbio, último de los de nuestra enumeración.

Porque “¿será suficiente—escribe uno de los catequistas antes citados—que desde su edad temprana se hayan grabado

en la memoria de los niños las oraciones más indispensables, y que se haya conseguido de ellos una pronunciación correcta y perfecta de las mismas? En muchas escuelas—y catequesis—no suele hacerse más—añade él—en las clases inferiores.

Pues entonces, ¿cómo podrán los niños adorar a Dios en espíritu y en verdad; como es su deber desde que se despierta en ellos el uso de la razón?

Y, lo que todavía es más grave, los niños se acostumbran a rezar maquinalmente, si no les son explicadas las oraciones que aprendieron”.

De ahí el que una de las preocupaciones fundamentales del catequista consciente de su misión sea la de explicar a los niños y procurar que entiendan el significado de las palabras y de las frases que componen cada una de las fórmulas del rezo que aprenden en el catecismo.

Claro está que con inteligencia acomodada a la capacidad de cada uno. Porque de todas las fórmulas deprecatorias del Catecismo cabe afirmar lo que de la del “Padre Nuestro” decía San Gregorio el Grande, que “la Oración Dominical es un río en donde puede flotar un elefante y es, al mismo tiempo, un arroyo que se deja vadear por un cordero”.

II HISTORIA SAGRADA

No vamos a repetir aquí las razones que aducíamos en nuestra última Carta Pastoral en pro de su inclusión en el texto mismo del nuevo Catecismo Diocesano: Ni es necesario el hacerlo. “Hoy—escribe el Dr. Goettler en su “Pedagogía de Religión y Moral”—en todas partes ha triunfado la convicción de que, en todo caso, de los siete a los diez años, la instrucción doctrinal sobre la Fé y la Moral debe adaptarse íntimamente a la Historia Sagrada, y que la división en dos asignaturas independientes que funcionen paralelamente, es un trabajo doble que malgasta fuerza y tiempo”.

No tenemos pues por qué detenernos en volver a razonar lo que en pedagogía moderna puede calificarse ya de axiomático. Porque, como ha dicho el célebre catequista Knecht, autoridad indiscutible en la materia, “la historia sagrada—aparte otras ventajas—sirve para representar al vivo las verdades religiosas que propone el catecismo; lo que éste anuncia en proposiciones abstractas y generales, nos lo muestra aquella, en concreto, con ejemplos particulares, con representaciones vivas, que, por decirlo así, hablan y obran ante nuestros ojos. Se puede por con-

siguiente considerar a las historias de la Biblia como un libro de figuras, dibujado para ilustrar el catecismo.

Texto histórico-doctrinal

Hoy, yo ya sé que, como decía Hirscher, a veces, “los teólogos acostumbrados con nuestras fórmulas abstractas pensamos y vivimos en ellas, y olvidamos absolutamente el proceso según el cual se desarrollan en el alma de los niños todos los conocimientos, y por ende también los sobrenaturales. Así que, en vez de comenzar la instrucción por intuiciones tomadas de la Historia, la comenzamos con palabras abstractas, invirtiendo el orden establecido por Dios para llegar a adquirir el conocimiento de las cosas”. Porque para todo el que no pierda de vista este orden y sobre todo la psicología pedagógica infantil, “es evidente—dice muy atinadamente el citado Knetch—que las historias bíblicas, enseñadas como se debe y con acierto, están en el caso de prestar servicios importantísimos a la instrucción del catecismo; ellas comunican vida a la enseñanza de la religión, la hacen más comprensible y más clara, acrecientan su eficacia sobre el corazón y sobre la voluntad; con ellas se evita de un modo ventajoso la sequedad de la enseñanza religiosa, se aumenta en los niños el gusto por esas lecciones que los conducen a la verdad y a la virtud, y se facilita el que la inteligencia y el corazón se sientan animados de la vida de la Iglesia”.

“Más esta próspera influencia de la historia sagrada en la completa formación religiosa de los discípulos—continúa diciendo el egregio catequista—sólo puede esperarse cuando las historias bíblicas y el catecismo se proponen íntimamente unidos. Se ha de enseñar el catecismo y la historia sagrada en una mútua e íntima compenetración; únicamente así se logrará la unidad que debe reflejarse en la instrucción católica y se conseguirá el gran fin de toda enseñanza religiosa, que consiste en crear en la juventud un espíritu de ilustración, de fé y de moralidad que vivifique su vida entera”.

Que el texto del Catecismo haya de ser histórico-doctrinal es, pues, hoy, un postulado pedagógico irrefragable.

La cuestión no está por lo tanto en el *utrum* sino en el *quomodo*.

¿Cómo enseñar la Historia?

Cedamos en este punto la pluma a quienes por su indiscu-

tible e indiscutida competencia tanto teórica como práctica son autoridades universalmente reconocidos en la materia.

Nos referimos al referido Monseñor Knecht Obispo auxiliar de Friburgo, y autor del hasta ahora insuperado "Comentario Práctico de Historia Sagrada", y a Monseñor Pichler el famoso catequista vienés autor de las célebres "Catequesis" y del "Manual de Religión para niños", compuesto según las instrucciones del Episcopado Austriaco.

Las normas, convergentes, de entrambos podemos recapitularlas en los siguientes apartados:

a) La manera más natural de comunicar a otros una historia es, sin duda alguna, contándola, o sea la narración. Por lo cual el catequista debe narrar de antemano las historias bíblicas a sus discípulos aunque éstos se encuentren ya en clase superior, lo que satisface no solamente a la naturaleza de la enseñanza de que se trata, sino también al principio católico de la tradición, según el cual la fe procede del oír y no del leer. El catequista es quien ha de ser el profesor y no el libro; éste para los discípulos no será propiamente el libro de enseñanza, sino únicamente un libro de memoria para con más firmeza grabar en ella lo que han oído en la escuela. El narrar de antemano lo califica Fenelón diciendo: que es una "ley fundamental" cuando se trata de historia sagrada.

Este narrar de antemano la lección histórica que se haya de tratar, trae consigo múltiples ventajas. Conserva la atención y la disciplina, porque mientras el catequista está relatando tiene continuamente los ojos en sus discípulos, y atrae hacia sí las miradas de todos ellos. Tiene suspenso a los niños, que suelen escuchar una buena narración con gusto y como fascinados; facilita la buena inteligencia y exacta comprensión del suceso histórico, y aumenta poderosamente el interés que en el corazón de los discípulos se despierta, ante los caracteres y la suerte de las personas que se presentan en las historias bíblicas.

Alguna vez, se puede hacer tomar a los niños, durante la catequesis, el libro, para leer con ellos la página de historia; pero por regla general, el libro no debe emplearse más que al final de la catequesis, y ésta debe hacerse, como si la ayuda del libro no existiera.

No olvidemos nunca que la palabra "catequesis" viene del griego "Katejein" que significa instruir y educar oralmente.

b) El catequista al narrar debe en lo posible sujetarse al sentido literal del libro, ser breve y conciso, evitando el exten-

derse demasiado, el usar un estilo pomposo, y sobre todo no interrumpa su narración entremezclando reflexiones, puesto que hasta aquí sólo se trata de la exacta comprensión del suceso histórico y aun no de las doctrinas y reglas prácticas que de él se deducen; cada cosa a su tiempo.

c) La narración ha de ser expresiva y que salte a los ojos, es decir, debe ponerse el hecho ante los ojos de los niños con tal viveza, que éstos, en cierta manera vean la acción que se desenvuelve y las personas que en ella toman parte, escuchen sus palabras, se identifiquen con sus afectos, y que, por decirlo así, se impresionen y sientan con ellas.

d) Por esto, el catequista o profesor que narra, debe esforzarse por adquirir una entonación buena y narrar el hecho de la manera más natural, en la voz, en la actitud y en los gestos, pero al mismo tiempo de la manera más entusiasta y viva.

e) Para ello, es indispensable que el catequista mismo tenga bien grabadas en su memoria, y tal como están redactadas en el texto, las historias, y que se haya penetrado bien de ellas para poder referirlas con sentida emoción.

f) La narración de las páginas de historia sagrada debe hacerse siempre con dignidad y con veneración, porque son páginas del libro escrito por Dios.

Las chanzas y bromas, en este punto, aun hechas con la mejor de las intenciones suenan, objetivamente, a irreverencias.

Los chistes y las chanzas, "no van con las páginas bíblicas".

g) A la narración debe seguir, inmediatamente, la repetición, mediante preguntas.

¿Cómo han de aprender los niños la página de Historia?

Que deben aprenderse de modo que, en una u otra forma, la retengan, es inquestionable. "Tanto sabemos cuanto conservamos en la memoria". Según esto, aunque los discípulos en la escuela o en la catequesis hayan llegado a fijarse en la sustancia y contenido de la historia de que se trate, escuchando atentamente la narración del catequista y leyendo después frase por frase, esta impresión, bien fugaz por cierto, pronto se bo-

rraría, si no se les exigiera a los niños que en su casa se la aprendiesen de memoria.

No se puede prescindir ni perdonar esto de aprenderse de memoria, y se ha de poner, en este trabajo, todo el ahinco posible: de otro modo, el trabajo del profesor no dará frutos duraderos.

¿A la letra, o no?

Cuestión pedagógica capital es esta, sobre la que, sin embargo, no parecen opinar concordes algunos de los grandes maestros de la pedagogía catequística. "Respecto a las narraciones—dice Pichler—rara vez se exigirá que se aprendan de memoria, pero conviene alabarlos y premiarlos, si se hace voluntariamente. Así la Biblia se hará agradable a los niños, y no pesada. Las sentencias importantes deberían aprenderse literalmente: pero el rigor en exigirlo no está indicado.

En el mismo sentir negativo, aun más categóricamente expresado, abunda el Dr. Llorente. "No ha de exigirse la historia al pié de la letra, dice; pero sí ha de conservarse en la memoria el hecho principal y los rasgos más importantes. Algunos pasajes habrá que aprenderlos literalmente. En cambio, dice Knecht:

"Es preciso que, en cuanto sea posible, se aprenda el texto de memoria literalmente, y no sólo en general el sentido o la sustancia: esto lo exige la veneración debida a la palabra de Dios revelada, en la que no debemos variar, suprimir o añadir a nuestro antojo, y lo exige también la naturaleza de los niños, que no son capaces de dar al asunto una forma mejor que la que ya tiene, y porque la ligereza infantil, sobre todo en los niños de más talento y mayor viveza, es, por desgracia, demasiado propensa a contentarse con aprender sólo superficialmente, y fiarse de su mucha memoria, cuando el profesor no exige que le dé la lección con exactitud y al pié de la letra.

En general, a los niños les es más fácil el repetir lo que han aprendido con las mismas palabras con que se les ha enseñado. Hablarán siempre que se les permita, con las mismas palabras del profesor o del libro, porque para una reproducción libre se necesita mucha más fuerza de ingenio y facilidad de expresión que la que buenamente se puede suponer en un alumno de instrucción primaria, por aventajado que sea.

Escribe Knecht

La experiencia enseña que a los niños en general les gusta

aprender las historias de la Biblia, si, como absolutamente debe hacerse, se les ha narrado y explicado de antemano. El catequista puede, y debe facilitarles el estudio de memoria, llamándoles la atención sobre las divisiones que ofrece la historia, sobre el enlace de las diferentes frases o miembros en particular, a fin de que la historia sea para ellos más clara y la memoria tenga sus puntos de apoyo.

¿Cómo tomar a los niños la lección de Historia?

“El tomar la lección—continúa diciendo el gran catequista—consiste en que los discípulos, al principio de la clase, digan de memoria delante del profesor la lección que se les explicó en la clase anterior, tal como está en el libro y con sentido. Esto no debe reducirse a una repetición mecánica de las frases aprendidas, antes por el contrario, ha de ser una repetición o narración hecha con plena inteligencia, con expresión natural y con la entonación del verdadero sentido. Cuidé sobre todo el catequista de que los niños durante la narración no hablen precipitadamente, ni con tonillo, ni con monotonía.

Esta narración hecha por los discípulos, o sea el tomar la lección de memoria, no debe ocupar la mayor parte del tiempo de clase. Es por lo tanto una falta muy grande, el que se pierda la mayor parte del tiempo tomándose la lección, porque con esto quedan perjudicados los demás ejercicios importantes, y porque así se trata la historia bíblica de una manera parcial y sin fruto, y pronto llega a hacer repugnante a los niños esta enseñanza tan hermosa. No es necesario que todos los discípulos digan la lección, antes bien basta que sea referida dos veces, una por 4 o 6 discípulos de los más aventajados, y después por otros de los más cortos, pero sin que aparezcan humillados estos últimos. Claro está que el profesor ha de alternar en el exigir la lección, de suerte que ningún discípulo pueda estar seguro de que no le preguntarán”.

III DOCTRINA

La segunda parte de cada una de las lecciones del Texto de Catecismo de Nuestra Diócesis la constituye, como saben, la doctrina formulada en las correspondientes preguntas y respuestas.

¿Deben aprenderse a la letra o no?

Los extremos

Confesemos que, como por desgracia suele ser tan frecuente en toda cuestión ardorosamente debatida, también en esta que nos ocupa, se ha pasado de un extremo, evidentemente vicioso, al otro que tampoco deja de serlo, y ello, por no haber sabido centrarse en el justo término medio.

Es decir: que se ha pasado desde el atiborramiento mecánico de la memoria puramente auditiva de los niños, haciéndoles recitar, a la letra, frases y páginas enteras, sin entender absolutamente nada de lo que decían, hasta el procedimiento diametralmente opuesto a que les llevó a no pocos la oscilación pendular de la moda, servil idólatra, durante los últimos tiempos, del pedagogo en boga Pestalozzi, quien descuidaba hasta tal punto el cultivar de la memoria de palabras y de formas que obtenía el resultado de que "sus discípulos, después de haber recorrido todas las partes de la ciencia, las olvidasen luego, por falta de la memoria".

Una cita de William James

De ahí que las nuevas autoridades pedagógicas, tanto las del campo católico como las del otro, preconicen el retorno al aprendizaje verbal memorístico: "Los excesos del viejo método de memorización, la inmensa ventaja de las lecciones de cosas en las primeras etapas de la educación han llevado a los teorizantes de la pedagogía a una reacción excesiva. Los conceptos abstractos son, por mucho los instrumentos más económicos del pensamiento. Pues bien, estos conceptos nosotros los fijamos y los encarnamos en palabras. Es menester afirmar, por lo tanto, que un ejercicio constante de memorización verbal es un procedimiento indispensable de toda sana educación".

La cita es de William James.

A la letra

Hagamos pues recitar a nuestros niños, como antaño,—añade por su parte un gran pedagogo católico de hoy—, palabra por palabra, no solamente las oraciones, sino también las preguntas y respuestas del texto, cuyas fórmulas son la expresión inmutable de nuestros dogmas. Dogmas que no pueden ser expresados con exactitud sino mediante palabras cuidadosamente escogidas, que los niños están incapacitados para sustituir

por otras sinónimas. Sin un texto literalmente aprendido, no les quedarían muy pronto, sino nociones vagas y superficiales que quedarían, antes de mucho, relegadas totalmente al olvido. Por otra parte, la memoria del niño está más capacitada que su inteligencia..

Amueblémosla por tanto de textos que comprenderán mejor a medida que su inteligencia vaya desarrollándose más.

Claro que este trabajo memorístico debe ser impuesto con discernimiento y discreción. Ni todas las preguntas del Catecismo tienen idéntica importancia, ni todos los niños la misma facilidad.

Dos maneras de aprender a la letra

De ahí el que los nuevos Programas de Catecismo tiendan a reducir el número de preguntas y el que los modernos autores de Pedagogía se esfuercen en que se incluya a los niños de la manera más eficaz para el estudio de los textos que hayan de estudiar de memoria.

Hay en efecto “una manera eficaz—escribe el psicólogo norteamericano antes citado—y una manera defectuosa de estudiar las lecciones a la letra: Y el método más seguro no consiste ciertamente en hacer entrar las frases en el cerebro a fuerza de repeticiones, sino analizándolas y haciendo que reflexionen sobre ellas.”

¿Hasta qué punto?

Pero ¿hasta qué punto ha de extenderse esta aclaración o explicación previa al aprendizaje de la letra?

Porque hay manual de pedagogía catequística en el que se hacen las afirmaciones siguientes:

“El único medio capaz de ayudar a aprender de memoria un texto abstracto es el de comprenderlo. De ahí la consecuencia, importantísima para el catequista, de que no debe hacer aprender jamás de memoria las preguntas del texto del catecismo diocesano, sin haberlas previamente explicado en todos sus términos, y haberlas hecho comprender enteramente”.

Y sin embargo, no todos los maestros en pedagogía están contestes en compartir afirmaciones tan rotundas como las transcritas.

Porque es de pedagogo tan eminente como LaVaissiese, autor, como sabéis, de una de las más acreditadas “Psicologías Pedagógicas” modernas, la frase de que hay que protestar

contra la máxima pedagógica de los que aseveran que no hay que enseñar ninguna palabra al niño, antes de que haya comprendido perfectamente su sentido”.

De memoria, pero sin memorismo

Pero ni es éste el lugar, ni somos nosotros los llamados a dirimir estas contiendas

Lo que sí nos permitimos aconsejar a quienes, como buenos catequistas quieren facilitar a los niños el aprendizaje de memoria, sin incurrir en el vicio de memorismo, es que recuerden las normas didácticas que, tomadas de la Psicología Pedagógica, de Habrich y de los estudios del P. Linden, ha sintetizado nuestro eminente catequista D. Daniel Llorente en la lección 27 de su magistral tratado de *Pedagogía Catequística*.

Y que tenga siempre bien presente sobre todo la primera, a saber, la de que la memorización *inteligente* es mucho mejor que la *mecánica*. Por lo cual se ha de aclarar lo que los niños no entienden, hasta conseguir que aprendan la letra entendiéndola según su capacidad, empezando desde luego, por lo más esencial; las oraciones y las verdades más necesarias para la salvación.

Pero, como lo ha dicho el mismo insigne catequista que acabamos de citar—y creo que en ello convendremos todos—, “será un abuso el hacerles aprender la letra, sin sentido ni aclaración alguna. Para ellos las palabras serían sonidos: no signos de las cosas. Aprenderían rutinariamente lo que deberían saber y entender según su capacidad”.

Un procedimiento sencillo y práctico

Conseguir que aprendan la letra entendiéndola según su capacidad. Ah! si conseguimos esto; si conseguimos que el niño; con relación a su capacidad, entienda lo que dice cuando reza; qué catequesis tan sencilla y tan sublime no será la nuestra!

Que el niño entienda a su modo, y a su modo sepa dar cuenta de lo que dice, cuando reza pausadamente cada artículo del Credo, o cada una de las peticiones del Padre Nuestro. He ahí por donde debían empezar y donde debían terminar—a nuestro modo de entender—todos nuestros esfuerzos de explicación del Catecismo.

Por eso reputamos uno de los métodos más sencillos y más

prácticos de explicación catequística el que, sin apelar a excesivas preguntas, que muchas veces no consiguen sino fatigar, con abrumadora sobrecarga, la mente del niño, hiciere repetir el catequista a sus alumnos cada una de las frases y hasta, en ocasiones, cada una de las palabras del Formulario, interrogándoles a cada una de ellas, qué es lo que quieren decir con ella.

—Dí el Credo.

—“Creo en Dios Padre”.

—Vamos a ver ¿qué es lo que tu quieres decir cuando dices: “creo”?

—¿Qué es lo que tu quieres decir, cuando dices “creo en Dios”?

—¿Que quieres decir, cuando añades “creo en Dios Padre”?

Y así en el Padre Nuestro, y en el Ave María y en los Mandamientos y en los Sacramentos.

El sarampión del memorismo

Infalible piedra de toque, V. H., para contrastar a la vez la intección de los niños y las explicaciones indispensables del catequista, a la par que antídoto eficaz contra el sarampión del **memorismo**, consistente en aprender con memoria meramente auditiva, rutinaria y mecánica, la doctrina que al propio tiempo debiera aprenderse con memoria intelectual.

Memorismo que—como ha dicho el egregio catequista español antes citado—, apaga la curiosidad, impide la reflexión y acostumbra al niño a oír y aprender palabras y palabras, sin preocuparse lo más mínimo de lo que significan y sin hacer la más mínima aplicación a la práctica.

“Inútil y perjudicial tormento”, como lo califica Oberbeg, que acaba por crear en el corazón del niño tedio, y aversión al estudio, al catequista y a la propia doctrina de Jesucristo. Que, como alguien ha dicho, si el vicio del memorismo es fatal en todas las ciencias, lo es mucho más en la suprema ciencia de la Religión.

La tarea del catequista sacerdote

Y, sobre todo, no olvidemos nunca que, sin desvirtuar en lo más mínimo la necesidad y la transcendencia suma de que los niños aprendan de memoria las fórmulas y las respuestas doctrinales correspondientes a cada grado, este trabajo no debe ocupar, en manera alguna, la mayor parte del tiempo destinado a

las sesiones de catequesis, hasta el punto de que si los niños encomendados al sacerdote fuesen muy numerosos, la tarea de que aprendiesen de memoria la letra que de memoria han de aprender, deberán confiársela, urgiéndoles su importancia, a los familiares en sus casas, a los maestros en las escuelas y a los catequistas auxiliares en las catequesis parroquiales reservándose para sí el ministerio tan difícil como sublime de explicársela a los niños apelando y poniendo en juego para ello todos los métodos y procedimientos pedagógicos acreditados desde los más antiguos a los más modernos.

Con la preocupación perenne, desde luego; de no convertir nuestra explicación catequística en monólogo oratorio, sino de suscitar por el contrario, y mantener ininterrumpida “esa cooperación activa y cada día más consciente del niño al trabajo de su educación”, de que habló en una de sus magistrales encíclicas el Papa Pío XI” realizando esa cuádruple función fundamental del sacerdote—catequista con los niños, a saber, la de enseñar verdades, suscitar sentimientos, inculcar motivos, hacerles vivir la doctrina de Cristo.

IV) PRACTICAS

Abordamos el punto acaso mas capital para muchos pedagogos contemporáneos; el de la aplicación del “método activo”, en la enseñanza del catecismo. El de la transformación en el sector de la enseñanza religiosa—como se ha realizado en los sectores de la enseñanza profana—de la escuela del libro en “escuela del trabajo”, de la escuela del monólogo en “escuela de la actividad”, de la escuela teórica en “escuela para la vida”. Dicho se está, que dejando incólumes el carácter sobrenatural de la fé, la autoridad de la Iglesia, y la necesidad de la gracia.

Y entendidas así las cosas, muchos de los “Arbeitsschule”, “Erziehungsschule” y “Arbeitsschulmethode” que a algunos pudieron parecer el último y original “grito” de la Moderna Pedagogía no son sino afianzamiento y avance en la ruta trazada por la Pedagogía perenne, que desde siglos atrás pregonara y practicara el viejo axioma de “non discimus pro schola sed pro vita”.

En gracia a la claridad, vamos a recordar, primero, los procedimientos para la formación intelectual y, luego, los de la formación moral, aunque ni las dos formaciones entre sí, ni los procedimientos de cada una de ellas son tan separables en la realidad, como pudiera parecerlo en teoría

PRACTICAS DE FORMACION INTELLECTUAL

Aquí es donde cada catequista debe poner a contribución su talento y echar mano de los medios todos que su ingenio le sugiera a fin de convertir al niño de mero recipiente pasivo y de simple oyente, más o menos distraído, en elemento oyente que desarrolle, durante la catequesis, en colaboración entusiasta con el catequista, toda su actividad espiritual y aun corporal.

Aquí de los medios que pone en juego la moderna pedagogía catequística para poner en actividad, tan grata como eficaz, todas las energías del alma del niño, haciendo que esté, durante la Catequesis, personifique la historia; trace un itinerario, represente una escena, repita una narración, reproduzca un dibujo, o, sencillamente, salga al tablero en el que el catequista habrá escrito una frase por completar, un juicio inexacto, unas divisiones en que falta un miembro, etc.; a fin de que el alumno tache, numere, corrija, modifique o complete, según los casos mientras sus compañeros, que no aparten sus ojos de él, están dispuestos a sustituirle en su tan honrosa cuanto arriesgada labor, si vacila, se equivoca o se atasca.

Uno de los ratos más gustosos de nuestras visitas a los catequismos habrá de ser el de observar los procedimientos adoptados por cada uno de nuestros colaboradores, para aplicar a sus catequesis el método activo en el que fué genial maestro aquel insigne sacerdote que se llamó D. Andrés Manjón.

Entre los múltiples procedimientos preconizados por la moderna Pedagogía Catequística para procurar esa activa cooperación del niño en su propia instrucción religiosa, vamos a fijarnos brevemente en los siguientes: la liturgia, el diálogo, los casos a resolver, los ejercicios escritos y el dibujo.

La Liturgia

He aquí algo eminentemente nuestro y que constituye, por sí mismo, no va un medio sino "un conjunto de medios" de los más aptos para realizar esa cooperación activa del alumno de la que estamos tratando.

Es una pena que no todos sepamos servirnos de un procedimiento tan sacerdotal y tan a nuestro alcance.

Porque, desgraciadamente, y como lo ha hecho observar uno de los más eminentes y más prácticos tratadistas modernos de Teología Pastoral, es una pena el que, siendo verdad tan axiomática, así en filosofía como en pedagogía, la de que "nihil est

in intellectu quod prius non fuerit in sensu”, aun para quienes tienen su inteligencia rebosante de ideas; cuanto más para los pobres niños que apenas aciertan a representarse sino sensiblemente sus muy pocas, es de lamentar que “haya catequistas que, encerrados en la torre de marfil de sus textos abstractos y de sus fórmulas metafísicas, jamás se cuidan de salir de ellas para hacer ver a sus niños lo que hay en su iglesia.

Jamás les hacen fijarse en el altar, en el sagrario, en la lámpara del Santísimo o en el Bautisterio.

Iglesias conozco—añade—cuyos altares ofrecen escenas bíblicas en relieve y cuyas vidrieras ostentan resplandecientes cuadros de la vida del Señor... sin que jamás se le haya ocurrido al señor Cura utilizarlas para sus enseñanzas catequísticas.

La Liturgia de la Misa

Y lo que con las imágenes, les suceda con los ornamentos y las festividades y los actos litúrgicos, incluso con el primordialísimo y tan pletórico de enseñanzas y piedad que se llama la Santa Misa.

De ahí el que haya tantísimos cristianos que—para desgracia suya y vergüenza nuestra—no se recatan de confesar que la media hora más aburrida de la semana es la en que se ven obligados a asistir al Santo Sacrificio de la Misa.

Y es que—y sin que nosotros tratemos de justificar esta actitud—, ¿cómo han de estar de buen grado en el templo, cuando todo para ellos es, en él, un enigma en el que nada les habla ni a la inteligencia ni al corazón”?

A buen seguro que habría de ser muy otra la suerte de estos pobres fieles, obligados a presenciar los actos del culto católico—sin más inteligencia ni gusto de ellos que el que pudiera experimentar un europeo introducido, de pronto, en algún templo sintoísta a presenciar sus ceremonias—si catequistas avisados, y conscientes de su misión, les hubiesen enseñado a entender y asociarse a los sublimes actos de la Liturgia Católica.

Procedimientos litúrgicos

Urge, por lo tanto, el que nosotros pongamos, de nuestra parte, el esfuerzo indispensable para ello, que no será tan costoso cual, a primera vista, pudiera parecernoslo, porque ese Catecismo tan intuitivo de la Liturgia, ese su lenguaje tan sensible y expresivo que “cautiva la imaginación y llega al fondo

del alma, es muy conforme a la psicología del niño y del pueblo, los cuales experimentan vivo placer en saber la razón de las cosas que se realizan ante sus ojos. Qué si a veces tienen la inteligencia obnubilada, los ojos los tienen siempre bien abiertos.

He ahí, por lo mismo, una de las prácticas catequísticas de instrucción religiosa más interesantes para nuestros Catecismos: la de asociar a nuestros niños y hacerles cooperar en los actos de nuestra Liturgia, enseñándoles el por qué y para qué de los lugares y objetos del culto (planta del templo, altares, bautisterio, vasos sagrados, ornamentos, etc.); haciéndoles adentrarse en los sentimientos de la Iglesia en el transcurso del año eclesiástico, comenzando por las tres Pascuas y las solemnidades de mayor realce, convencidos de que como afirmó el gran Pío XI, estas litúrgicas "festividades anuales, conmemorativas de los sagrados misterios, tienen, para formar al pueblo en las cosas de la fé, más eficacia que cualesquiera documentos del magisterio eclesiástico, aún los más solemnes".

Y esforzémonos sobre todo, por inculcarles la inteligencia y el gusto de los actos del culto, y con preferencia absoluta el del acto litúrgico por antonomasia, el de la Santa Misa, haciéndoles aprender, desde luego, las partes principales del santo sacrificio, y ampliando, poco a poco, sus conocimientos sobre el mismo, y la manera, las oraciones y hasta la actitud que deben observar en cada uno de ellos, a fin de que se acostumbren a oírlo con interés y devoción.

En cuanto a la manera de combinar en cada lección el Catecismo con la Liturgia, y, sin necesidad de recurrir a ciertos métodos extranjeros, quizás exageradamente exclusivistas y unilaterales, podrán orientarnos no poco el "Programa bíblico de Catecismo" del inolvidable Arcipreste de Huelva y luego Obispo de Málaga y de Palencia, así como el "Programa de Pedagogía Catequística aplicada", de la benemérita Agrupación Sacerdotal Catequística de Estudio y Acción, conocida por las iniciales A. S. C. E. A.

El diálogo

Y puestos a recordar procedimientos para obtener esa participación activa e intelectual del alumno, tan pregonada por la moderna "escuela del trabajo", no será menester que nos detengamos en recomendar el siempre antiguo y siempre nuevo, acreditadísimo ya antes de que surgiera esa nueva escuela pedagógica y fervidamente subrayado y recomendado luego por la misma, consistente en esa conversación continua entre maes-

tro y discípulos, en ese ininterrumpido diálogo, en ese incesante intercambio de preguntas y respuestas, eficaz promotor de la actividad intelectual de los alumnos y que contribuye, tan en alto grado, a que la enseñanza resulte "más viva, más profunda, más intuitiva, más interesante".

Pero, para lograr esos resultados tan envidiables, el catequista debe imponerse a sí mismo la sujeción a ciertas reglas que la experiencia pedagógica ha demostrado fecundas y que una indiscutible eminencia en ese arte las ha puntualizado de este modo:

1.º Proponer a los niños preguntas bien claras, lo que supone haberlas preparado de antemano y dominar plenamente el asunto.

2.º Que sean preguntas que estén al alcance de los niños, lo que a su vez supone el magistral cuidado de adaptarse a ellos y no imitar a los que se empujan hablando cual si lo hiciesen a estudiantes de teología, lo que no deja de constituir una lamentable pérdida de tiempo.

3.º No preguntar de manera que hayan de responder todos a coro o indistintamente, ni designar de antemano al niño que ha de responder, sino formular la pregunta y señalar, después de hecha, al niño que ha de dar la respuesta: procedimiento, tan sencillo como práctico, para mantener continuamente atento a todo el grupo, por cuanto no hay uno sólo que esté seguro de que no se verá obligado a responder y a hacerlo por sí solo.

4.º No reírse nunca de las respuestas erróneas, teniendo en cuenta que es incomparablemente mejor método pedagógico el de alentar al niño que el de humillarle. Y cabalmente en relación con esto,

5.º No creer ni esperar que el niño vaya a dar precisamente la respuesta que el catequista quisiera, sino estar prevenido para las más disparatadas y desconcertantes y, en este caso, en vez de ir "soplándole", cual apuntador de teatro, la que uno desearía, tomar pie de aquellas mismas, para, a través de un diálogo interesante y hábil, llevarle al niño a que descubra él mismo lo que se pretendía enseñarle.

Todo ello sin perder de vista que "hay que evitar que apunten los "soplones": que hay que dar siempre al niño tiempo suficiente para que se haga cargo de la pregunta y piense la respuesta: y que hay que hacer la pregunta en tales términos que se facilite al niño la respuesta, sobre todo en los grados inferiores, como lo hacen los catecismos corrientes".

Modelos que puedan enseñarle e inspirarle a uno en este arte de preguntar, tan transcendental como indispensable, los

hallará en todos nuestros grandes catequistas y no serán ciertamente los del Dr. Quinet en su libro "Para mis pequeños", o los del Dr. Llorente en su "Explicación dialogada del Catecismo", de los menos interesantes.

Otros procedimientos importantes

Sentimos que la extensión insospechada que va adquiriendo esta carta nos impida detenernos en recomendar un procedimiento práctico, tan "nuestro" y tan eficaz, como el planteamiento de "casos a resolver", sencillos, infantiles, acomodados a la capacidad de los niños, pero cuya solución "razonada" constituye uno de los métodos de colaboración más altamente recomendables, y que nosotros quisiéramos verlo practicado, con singular empeño, por nuestros catequistas sacerdotes.

Y dejamos para una próxima pastoral sobre "El Catecismo en las escuelas" el subrayar la importancia de otros dos procedimientos de cooperación tan sugestivos como los "ejercicios escritos" y el dibujo.

Entretanto, nos permitimos aconsejar a nuestros Venerables cooperadores que releen la magistral Lección 25ª sobre "Ejercicios escritos" del Tratado de Pedagogía Catequística del Dr. Llorente, porque además de los orales van a constituir los ejercicios escritos parte esencial de los Certámenes Catequísticos Parroquiales y Diocesanos que, con carácter de obligatorios vamos a implantar, Dios mediante, desde el año que viene.

PRACTICAS DE FORMACION MORAL

Pero la sola enseñanza de la doctrina, aún la realizada con sujeción a los mejores métodos y programas, aunque fundamental e imprescindible en absoluto, no abarca ni realiza todos los fines de la catequesis si no va acompañada de una labor paralela en orden a la formación del corazón, a la educación de la voluntad y a la práctica de la virtud.

El mismo Papa que, en su Carta al Episcopado Colombiano, aseveraba que: "en la base de una verdadera y sólida formación espiritual es indispensable un conocimiento serio de las cosas divinas", en el discurso pronunciado ante las juventudes de Acción Católica el domingo 23 de Julio de 1933, profería estas solemnes palabras: "El apostolado catequístico tiene, de hecho, una tendencia substancial y fundamentalmente práctica.

Religión quiere decir ordenación de vida, de toda la vida

humana, en las relaciones debidas con la Divinidad; y éste es precisamente el concepto fundamental del estudio del Catecismo, el cual ha de enseñar, en definitiva, a vivir la vida cristiana. Esto es lo que propiamente quería decir Nuestro Señor, cuando, pronunciadas las palabras: "euntes, docete", continuaba: "docentes servare omnia quaecumque mandavi vobis", todo lo que os he prescrito, ordenado, y en un sentido evidentemente práctico.

"Enseñar el Catecismo—añadía—es enseñar a vivir la vida cristiana".

Enseñar a vivir la vida cristiana

No cabe decir nada ni más acertado, ni más autorizado. Como que el problema fundamental de toda catequesis no tanto consiste en enseñar a los niños lo que hay que creer, lo que hay que orar, lo que hay que obrar y lo que hay que recibir, cuanto en enseñarles a creer, y a orar, a obrar y a recibir, haciéndoles entender y sentir y practicar y vivir la fé y la oración y los mandamientos y los sacramentos.

Es esa la primera palabra de la catequesis cristiana y la última de toda la pedagogía moderna.

Si en alguna parte, aquí es donde tiene su aplicación más plena la frase clásica "non scholae, sed vitae docendum". Hay que enseñar no sólo para la escuela sino para la vida, sobre todo cuando, como sucede con la cristiana, hay que vivir siempre esa vida, tanto en la escuela, como en la familia, en la calle y en la iglesia.

De ahí la importancia enorme que reviste el que todo catequista, antes de cada lección, lleve bien pensados, bien concretos y bien sentidos, dispuestos a dejarlos grabados, vibrantes y vivientes en la mente y en el corazón de sus alumnos los conceptos, los sentimientos, los motivos y los actos que deben ser como los cuatro puntos cardinales, de toda lección de catecismo.

"Que no es un simple alumno el que tenemos en la Catequesis; es un nuevo cristiano que la Iglesia nos confía dotado de una gracia santificante y de unas facultades sobrenaturales que él desconoce y que es menester revelárselas, haciéndole ponerlas en práctica. Esas facultades son la Fé, la Esperanza y la Caridad con todo el admirable cortejo de las demás virtudes "infundidas" en el alma, divinizada por el Bautismo.

Hacer que las ejercite, haciéndole creer, esperar, amar, sentir, y practicar lo que previamente se le ha hecho aprender,

y entrenarle para que continúe ejercitándolas de por vida, he ahí la función sublime de todo catequista.

“Enseñar el Catecismo es enseñar a vivir la vida cristiana”.

De otra parte, está esto en íntima armonía con los postulados esenciales de la moderna pedagogía.

El principio fundamental de la moderna “escuela del trabajo”, “escuela de acción” o “escuela para la vida”, estriba, en efecto, en que la actividad de profesor y alumnos no debe limitarse a la asimilación de la verdad, sino que al propio tiempo ha de procurar la aplicación de la verdad a la vida.

De ahí el que el Episcopado Alemán en su célebre reunión del 18 de Agosto de 1924, en la que aceptaba y recomendaba este moderno método pedagógico, para aplicarlo a la catequesis, proclamase solemnemente que “la mejor enseñanza de la religión es la que, al mismo tiempo, es práctica religiosa en sumo grado”.

¿Cómo obtener esta compenetración de la enseñanza doctrinal y de la vida religiosa? De múltiples maneras, de las que por de pronto vamos a subrayar las siguientes:

• Los propósitos motivados

Con argumentos convincentes y experiencias aleccionadoras ha demostrado la moderna psicología experimental la influencia decisiva que los motivos tienen sobre la voluntad, a condición de que, además de entrañar un valor, no sólo objetivo, sino también subjetivo, vuelvan a presentarse y a permanecer, en el campo de la conciencia, en el momento oportuno de la tentación, de la decisión, de la lucha.

De ahí el que uno de los trabajos más difíciles, pero más altamente meritorios, del buen catequista, y de resultados más altamente consoladores y sólidamente garantizados consista en inquirir y sugerir motivos que, además de superiores, fijos y permanentes por naturaleza, sepa el niño apreciarlos subjetivamente así. Motivos que, no sólo tengan virtualidad para mover su voluntad a tomar una resolución, sino que tengan también su influencia para que, más tarde, se presenten ante el alma del educando, y permanezca éste fiel a sus resoluciones, cuando el educador no pueda ya recordárselos con su palabra y su ejemplo.

“Lo primero y más grave que debe exigirse a un educador —y eso debe ser esencialmente todo buen catequista— es, por consiguiente, que se entere bien del reino de los motivos subjetivos de su educando” y que, siempre que haga concebir a éste un

propósito, le muestre también en qué ocasiones será práctico, asociando así el pensamiento motivo con la imagen de la ocasión, a fin de que, al presentarse ésta, surja y se renueve automáticamente aquel.

Nos permitimos aconsejar a nuestros catequistas, que aun no hubieren tenido ocasión de hacerlo, la lectura del magistral librito del P. Juan Lindworsky, S. J., profesor de Psicología Experimental en la Universidad de Colonia, "El Poder de la voluntad, educado según la Psicología Experimental Moderna", y las normas útiles para la práctica que, basándose en los estudios del mismo, formula el Dr. Llorente en la Lección 33 de su tantas veces recomendado tratado de Pedagogía Catequística.

Los actos inmediatos

Pero la moderna escuela activa no quiere que nos contentemos con orientar la enseñanza tan sólo hacia la práctica de un futuro, más o menos próximo, sino que exige y enseña el modo de practicar inmediatamente la enseñanza recibida o lo que la misma sugiere; más aún, mientras sea posible, hace que los niños realicen esto en la misma catequesis, en la clase o en el local mismo en que tiene lugar aquella.

Así, en la lección misma en que habremos hablado a los niños de la grandeza infinita de Dios, les haremos ver cuán justificadamente doblamos nuestras rodillas y nos prosternamos ante tamaña grandeza, haciéndoles ponerse de rodillas allí mismo, y practicar la genuflexión con toda la gravedad y reverencia, asociando, de esta suerte, lo más estrechamente posible, el acto de doblar nuestras rodillas con la idea de la grandeza de Dios.

Y, como en el caso aducido, en todos los demás.

¿Qué más lógico, por ejemplo, que el hacerles formular un acto de fé en la presencia real de Cristo en la Hostia consagrada, en el momento mismo en que les hayamos hablado sobre la Eucaristía; o un acto de esperanza cuando les hayamos explicado la Providencia de Dios, o un acto de amor tras la narración del Nacimiento, tomando pie del "sic nos amantem, quis non redamaret", por ejemplo?

¿Qué más pedagógico y educativo, que el conducir a los niños a besar reverentes la pila bautismal, en la sesión misma en que les hayamos hablado de la sublimidad del Bautismo, o hacerles adorar y besar devotamente el Crucifijo, en el momento en que les hayamos referido la historia de la Pasión?

En el precioso libro de Quinet, Inspector de la Enseñanza

Religiosa en la Diócesis de París, intitulado "Para mis pequeños", y en las secciones que en cada una de sus lecciones desarrolla bajo los títulos de "Hago actuar al niño" y "Formación en la piedad"; hallaremos ejemplos prácticos, verdaderamente sugestivos y sugeridores sobre lo que acabamos de recordar:

La Oración

También aquí, como en todo, uno de los medios sobrenaturales, y, al propio tiempo, más naturales, para poner en práctica los procedimientos más conformes a la moderna pedagogía, es el de la oración. Pudiéramos decir que uno de los números más eficaces de realizar la máxima fundamental de la "escuela del trabajo" de aprender obrando es la de aprender orando; pero orando de manera que el niño viva su oración.

"La dificultad—observa atinadamente un gran profesor francés de pedagogía catequística, y lo comenta otro, del que nosotros lo transcribimos—la mayor dificultad no estriba precisamente en hacer que los niños aprendan las fórmulas usuales del rezo y que nos las repitan, bien recitadas, sino que está en enseñarles a orar por sí mismos, con atención y con fervor; en crear en ellos el hábito y como la necesidad de la oración.

Para conseguirlo, el catequista francés, al que acabamos de aludir, procura grabar en el alma del niño unas pequeñas oraciones, las más cortas, las más sencillas, pero de las más sublimes.

En esta forma:

Dios mío, yo creo en Vos.

Dios mío, yo espero en Vos.

Dios mío, yo os amo con todo mi corazón.

Dios mío, perdóname mis pecados.

Dios mío, ten misericordia de mí.

Se les explica a los niños la naturaleza y la importancia de estos actos. Y, una vez que se dan cuenta de ello, todos ellos espontáneamente, y como a porfía, se complacen en repetirlos, sobre todo, la invocación por excelencia, el "Dios mío, yo os amo con todo mi corazón".

En ello no ha hecho sino seguir el método preconizado por San Agustín, cuando escribiendo al diácono Deogracias, le decía: "el fin que debemos tener en la catequesis es la caridad. Proponiéndote pues el amor de Dios sobre todas las cosas, cuan-

to digas, dílo de tal modo que aquel a quien hables “audiendo credat, credendo speret, sperando amet”.

La oración fuera de la catequesis

Pero la oración tan sólo en la catequesis no basta—escribe el Dr. Llorente—. Sabido es el papel importantísimo que en materia de educación hay que dar a la iniciativa del niño.

Si rezara sólo en la catequesis o en la escuela, habría peligro de que considerase la oración como cosa de escolares, y no de personas mayores.

De aquí la necesidad de que practique algunas devociones particularmente, en casa, en el templo; o con los demás fieles, aún cuando no le lleve el maestro, ni le pongan falta.

La oración de la mañana y de la noche han de ser su práctica asidua, desde su más tierna edad. Que nunca se acueste sin hacer el acto de contrición. Que todas las mañanas haga el ofrecimiento de obras. Sea dos actos que hemos de enseñarle e inculcarle con toda solicitud.

Y, luego, que entre día rece alguna jaculatoria, realice aquella máxima de “la mano en el trabajo y el corazón en Dios”.

Ejercítate tu mismo en la piedad, debemos decir al niño, como San Pablo a su discípulo Timoteo (I.º ad Tim. IV—7), pues la piedad tiene muchas ventajas, aun para esta misma vida, y la promesa de la bienaventuranza eterna”.

Las prácticas más fundamentales

Lo hasta ahora expuesto es el *mínimum*. Porque, gracias a Dios, puede llegarse y debe llegarse a mucho más. A la oración mental.

Pero no desfloreemos el tema. Pues nos proponemos abordarlo, Dios mediante, en otra Instrucción Pastoral que habrá de titularse “Las prácticas más fundamentales en Catequesis”, y en la que ésta de **aprender a meditar** habrá de constituir uno de los varios epígrafes capitales que habrá de ir acompañado de otros tan fundamentales como los siguientes: “aprender a oír Misa”; “aprender a confesarse”; “aprender a comulgar”; aprender a ejercitar la caridad así espiritual como corporal.

La Eucaristía

Es la práctica catequista por antonomasia.

Por algo el gran Papa Catequista de la “Acerbo nimis”

fué el Papa Eucarístico del Decreto "Quam singulari".

Toda enseñanza del Catecismo—como lo exponía Vritoff en un notable trabajo presentado al Congreso Eucarístico del año 1902—debe girar alrededor del Sagrario.

¿Se les explica a los niños los artículos de la fé, la existencia de Dios, la Encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, su Vida, sus Milagros, su Muerte, su Resurrección gloriosa, etc., etc.? Pues, a continuación de cada uno de ellos, súbrayeselos vivamente, prácticamente, que ese Dios, hecho Hombre, y resucitado por nuestro amor, está realmente presente, ahí, en el Sagrario de la Iglesia y que se sacrifica cada día por nosotros en la Santa Misa.

Y lo que con los artículos de la Fé, debe hacerse con todas y con cada una de las demás partes del Catecismo, la Oración, los Mandamientos, los Sacramentos.

La gran lección

Lo importante es como lo decía aquel gran Catequista Eucarístico que se llamó Arcipreste de Huelva primero, y Obispo de Málaga y de Palencia después—"que cuanto diga y haga el catequista tienda a despertar y desarrollar en el niño la Fé viva de la presencia real de Jesús en la Eucaristía; que toda enseñanza que se dé, todo ejemplo que se muestre, toda pena o necesidad que se descubra en el niño, toda alegría o esperanza que le sonría, todo retroceso y todo adelanto sea, como una mano indicadora del Sagrario, mano que venga a decir: **ahí dentro** está el Maestro, el Cordero de Dios, el Taumaturgo, el Médico, el Perdonador, el Resucitador, a quien siempre que se acude se encuentra.

Nada de contentarse con decir que Jesús hizo en el Evangelio, sino que hay que añadir que Jesús **está y hace**, ahora, **ahí**, en el Sagrario.

Inmediatamente práctica

Una instrucción eucarística así, no puede menos de ser fructuosa, pero a condición de que sea eminente e inmediatamente práctica.

Para ello, ténganse en cuenta las prácticas que el mismo M. Vritoff recomendaba y que són las siguientes:

1.º Recuérdese frecuentemente a los niños la real presen-

cia de Cristo Jesús en el Tabernáculo y háganseles recitar jaculatorias que expresen esta verdad.

2.º Exijaseles, por lo mismo, en el Templo todo el silencio, todo el respeto, y las genuflexiones todas, hechas con toda la compostura de quien está intimamente compenetrado de esta real presencia.

3.º Precuren que hagan los niños frecuentes visitas al Santísimo—; qué menos que dos al día!—breves, pero vivas y fervientes, como dirigidas a Persona que viviente y amante les espera, con aquel mismo cariño con que amaba El a los niños del Evangelio.

4.º Conviene también que se acostumbren a acompañar al Viático a los enfermos con gran espíritu de piedad.

5.º Y sobre todo, y como práctica suprema de las prácticas, acostúmbreseles a la participación eucarística consistente, ante todo, en la asistencia a la Santa Misa, bien entendida, bien seguida, bien vivida y completada, siempre que se pueda, con la Comunión, parte integrante de la misma, y que tan admirablemente simboliza y realiza la unión de nuestras almas hermanas entre si y con Jesucristo.

La Santa Misa

Es la práctica catequística suprema. Como que la Santa Misa es la acción más augusta de la Iglesia y el acto principal de nuestra Santa Religión.

¿Qué opinar, por tanto, de esas catequesis de las que salen los niños tan sin aprecio ni estima de la Santa Misa, que dejan de asistir a ella desde el día mismo en que dejan de ir al Catecismo?

¿Qué opinar de esas catequesis de las que han salido esos centenares de hombres de hoy, que, cuando acuden a la Santa Misa, más que por conciencia, por rutina, asisten a ella como, "girafas que de pie, junto a la puerta, y arrodillándose, a lo sumo con una rodilla, al alzar, miran a derecha e izquierda, charlan; rien, examinan trajes y peinados y se marchan al último evangelio", sin haber orado nada, sin haber meditado nada, sin haber entendido nada, sin haber tomado parte alguna activa ni consciente en el augusto Sacrificio, renovación y prolongación del Sacrificio tremendo del Calvario, sin haber hecho absolutamente nada más de lo que pudiera haber hecho el primer turista bramán que, habiendo entrado en un templo

católico en el momento en que empezaba la Santa Misa, se le hubiera ocurrido asistir a ella hasta el final?

El grave mandato. Nuestro gran deber

El Santo Concilio de Trento manda enérgicamente a los sacerdotes que expliquen a los fieles el divino tesoro que tienen en la Santa Misa.

Obedientes a tan alto mandato, grabemos profundamente en la inteligencia de nuestros fieles, así niños como adultos, que "nada hay en el mundo tan santo y tan divino como este imponente Misterio de la Misa", en frase del mismo Concilio; que es la renovación y continuación diaria del Sacrificio del Calvario; el centro del dogma católico, de la liturgia eclesiástica y de la piedad cristiana: "el único acto de adoración digno de Dios; el único acto de acción y de gracias digno de Dios; el único desagravio por nuestros pecados digno de la Justicia de Dios; el supremo acto de impetración suficiente y sobreafluente para todas las gracias que quiera concedernos el Señor".

Es pues necesario que previamente los instruyamos sobre las principales ceremonias de la Misa y que luego, prácticamente, los hagamos tomar parte activa en ella: que miren y contemplen lo que va haciendo el celebrante y que, con él, y, como él, recen y se instruyan, y ofrezcan y adoren y agradezcan y desagravien e imploren y lean y canten con un pequeño devocionario al principio, para seguir con el Misal de los fieles, en la Misa de los días festivos de precepto siempre y en la Santa Misa de cada día, siempre que les sea posible.

No creo que haya termómetro más infalible que el de la asistencia de los feligreses de una Parroquia a la Santa Misa, para juzgar del cómo cumple el Párroco con sus gravísimos deberes de catequista.

La Comunión frecuente

No olvidemos nunca que el célebre decreto "Quam singulari" del gran Pío X no tan sólo pedía para los niños la comunión temprana, sino que reclamaba para los mismos la Comunión frecuente: "Todos los que tengan a su cargo la educación de los niños han de procurar, con todo celo, que, después de su primera Comunión, se acerquen con frecuencia, y si puede ser cada día, a la Sagrada Mesa, como lo desea Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Santa Madre la Iglesia".

Parece este un encargo harto olvidado, en ocasiones, por no pocos sacerdotes.

¿Con qué pena! y ¿por qué no decirlo?, con que vergüenza escuchábamos, en cierta ocasión, a un celoso párroco norteamericano exponernos su asombro ante el hecho, que venía comprobando en su viaje por España, de tantísimos niños que, después de su primera Comunión, sólo comulgan media docena de veces al año, cuando no una vez, o ninguna!

Y al preguntarle nosotros que cuántas veces acostumbran a comulgar los niños en aquellas latitudes: “¿nuestros niños?, nos respondió al momento, ¿qué menos que cada ocho días? Porque si cuando niños no les enseñamos a practicar la Comunión frecuente, ¿a cuándo aguardaremos para inculcársela? Y sin la Comunión frecuente de los niños, ¿qué sería de nuestra vida parroquial?”.

La Vida de la vida catequística

Y decía bien. Porque, como escribe un eximio tratadista de Teología Pastoral: “la iniciación eucarística de los niños es la raíz de todo el bien que podemos esperar para el porvenir de nuestras parroquias y de la sociedad. Siendo la Sagrada Eucaristía la síntesis de la Religión Cristiana, la Comunión frecuente de los niños formará generaciones consagradas de lleno a Cristo y a la Iglesia, como decía el inmortal Pío X”.

Y es que la Eucaristía es la vida de la vida cristiana, vida de los hogares, vida de las catequesis, vida de las parroquias. Por eso cabe formular sin titubeos la siguiente igualdad: Catequesis Eucarística, catequesis vivientes y fecundas. Catequesis no eucarísticas, catequesis rutinarias y moribundas.

Nuestra aspiración

Nuestra aspiración, en este punto capital de nuestro programa catequístico, es la del gran Cardenal Mercier: “os declaro, hermanos míos,—escribía—que compareceré, lleno de confianza, delante del Juez Supremo para darle cuenta de mi episcopado, si logro que, en cada Parroquia de la Diócesis se diga una Misa con participación frecuente o cotidiana de los niños a la Santa Comunión”.

Desde luego, no que todos los niños indistintamente, vayan a comulgar todos los días, pero sí que muchos de ellos comulguen con mucha frecuencia y no pocos de los mismos cada día.

Entre otras muchas razones que pudiéramos exponer, por una. Porque si no obtenemos, eso de nuestros catequizandos, el abrasador "simoom" de la sensualidad moderna, soplando, como sopla hoy día, asolador, por mil bocas infernales, se encargaría, de marchitar, en pocos días, las plantas infantiles de nuestras catequesis, regada con nuestros más abnegados y heroicos esfuerzos.

Hoy, más que nunca, tienen realidad plena las palabras de N. S. Madre la Iglesia en su Liturgia: "sumpto unico ac salutari remedio Corpore Tuo pretioso".

¿Pero es posible?

“¿Pero es posible, en la mayoría de nuestras parroquias, hacer eucarísticos a los niños?—preguntará tal vez alguno: ¿Son solubles todos los obstáculos que en esta gran obra, nos salen al paso?

Sí; habremos de responderle con un egregio autor—porque se trata de algo que es convenientísimo para salvar las almas y los pueblos, y no entra en los planes de Dios el que sea impracticable lo que es conveniente para la salvación de los pueblos y de las almas.

¿Cómo? comenzando por la Comunión mensual con motivo, por ejemplo, de los Primeros Viernes, para de la mensual llegar a la semanal, y, a través de la semanal, a la diaria, en la manera antes dicha.

“No han de faltar, a buen seguro,—se dice a este propósito en un precioso libro publicado por A. S. C. E. A.—no han de faltar entre los niños de nuestras catequesis, unos cuantos bien dispuestos que, de buen grado, se presten a comulgar semanalmente. Con este grupo inicial, no parece difícil llegar a conseguir que, si no todos los niños, una gran mayoría se habitúe a la práctica tan provechosa de la comunión semanal.

Sin necesidad de imponerlo, lo cual no sería prudente y estaría en contradicción con las recientes disposiciones de Roma; sin necesidad siquiera, de inculcarlo machaconamente, con la sola vista de un grupo que con asiduidad comulga, acompañada de alguna advertencia o sugerencia prudente que, de vez en cuando, puede hacer el sacerdote, será fácil ir reduciendo al mayor número. Aunque, siempre, dejándoles en completa libertad”.

¿En qué días?

Claro es que el ideal sería, el de que esta comunión semanal la practicasen los niños en los días festivos "porque les acostumbra prácticamente a dar el realce que merece, sin disputa, al Día del Señor, y porque, cuando estos niños sean mayores, conservarán más fácilmente la costumbre de comulgar los días festivos que la de comulgar en cualquier otro día de la semana, lleno de ocupaciones y trabajos".

Pero, si por diversas circunstancias, y, dada sobre todo la escasez de confesores existentes en las parroquias de nuestra Diócesis, no fuese posible la comunión dominical de todos los niños prestos a ella, permitidnos, venerables hermanos, que volvamos a insistir en aconsejaros el que distribuyáis a vuestros niños en grupos pequeños que, desde luego, sin imposición, ni control inquisitorial, ni presión externa, o coacción moral de ninguna especie sino por el convencimiento íntimo y personal que les infundáis en vuestras catequesis, vayan a comulgar distribuidos en los diversos días de la semana cada grupo.

Es el procedimiento de poder confesarlos despacio y darles la dirección espiritual que requieren.

Porque, convenzámonos de una vez y para siempre, que sin comunión frecuente y ferviente confesión, serán casi del todo inútiles nuestras catequesis.

Y no olvidemos nunca que, como ha dicho un gran Tratadista de Teología Pastoral, no menos criminal que la pereza de que se niega a invitar a los niños a la Comunión frecuente, por no tomarse la molestia de prepararlos, es la inconsciencia de conducirlos en masa al comulgatorio, sin haberse preocupado de prepararlos con la debida diligencia.

Precauciones prescritas por la Sagrada Congregación

De ahí que sea indispensable adoptar las precauciones necesarias a fin de que ni por culpa de los mismos, ni por culpable negligencia en precaver o desterrar abusos, venga a convertirse en veneno y ruina de las almas este tan precioso y saludable remedio.

He aquí ahora—resumidas de una reciente Instrucción de la Sagrada Congregación de Sacramentos—las principales cau-

telas que es menester adoptar para impedir tamaños males:

1.—Al exhortar, lo mismo en público que en privado, a los fieles, principalmente a los jóvenes, a la Comunión frecuente, enséñese al propio tiempo, a) que esta Comunión frecuente y cotidiana aunque muy mucho recomendable y recomendada, no está sin embargo, prescrita por ninguna ley, dejándose por tanto a la devoción y piedad de cada uno, y al consejo del Confesor, y que, por lo tanto, no hay motivo ninguno de admiración o sospecha, si alguien, donde está en uso la Comunión diaria, se abstiene alguna vez de ella. b) que para la Sagrada Comunión se requiere, antes que nada, el estado de gracia, inspirando con gran energía el horror al sacrilegio y que se requiere también recta o piadosa intención.

2.—Ni en las escuelas o colegios, ni fuera de ellos, se emplee la expresión de “Comunión General” con motivo de alguna especial solemnidad, o bien explíquese su recto sentido, a saber, que se invita a todos a la Sagrada Mesa, pero que a nadie se le obliga a ello, sino que cada uno tiene la plera facultad y libertad de abstenerse de comulgar; evitando, al propio tiempo, todo aquello que pueda hacer más embarazosa o desairada la situación de los que desean abstenerse de la Comunión.

3.—Al par que la Comunión frecuente, se ha de promover la frecuente Confesión: no en el sentido de que la Confesión ha de preceder a cada Comunión, a no ser que a uno le conste que se halla en pecado mortal, en cuyo caso es absolutamente indispensable, pero si que se les proporcionen suficiente número de Confesores, y, sobre todo que tengan libertad de elegir el que les agrade.

Oh! y ¡cuán de corazón bendecimos a este propósito a los sacerdotes, sobre todo a los que se encuentran solos en sus parroquias, que procuran proporcionar esta libertad a los fieles, invitando ora a confesores religiosos, ora a los sacerdotes de las parroquias limítrofes, una vez al mes, cuando menos.

Porque la Comunión frecuente que no puede ser más recomendable y recomendada, lo es, sobre todo si, a la par que ella, se promueve la frecuente y ferviente Confesión, y ello, de una manera especial, como eficacísima práctica de educación en catequesis.

La Confesión

Porque no olvidéis, ¡oh sacerdotes míos! que, como lo ha

hecho notar con singular acierto un joven y ya eximio pedagogo "el gran secreto de la educación catequística integral es la confesión acompañada de la dirección espiritual. Durante mucho tiempo se ha creído que el alma infantil no podía reflexionar sobre su vida interior. Hoy los psicólogos están de acuerdo en que esa vida es posible, a condición de que haya directores bien formados; de que haya confesores especializados en la dirección de niños, que se preocupen de estudiar la ascética infantil: a condición de que haya sacerdotes que comprendan la santidad y trascendencia del ministerio con los pequeños. ¡Todo esto tan evidente, tan urgente... está tan olvidado!" ¡Oh si los psicólogos, psiquiatras y pedagogos de lá incredulidad dispusiesen de este soberano medio que ellos tratan inútilmente de remedar en sus procedimientos psico-analíticos! Y nosotros, a quienes Dios nos ha puesto en las manos, y con exclusiva y todo, ese soberano procedimiento divino, ¿por qué no lo utilizamos de manera que rinda lo que indiscutiblemente puede dar?

Gracias a Dios que una reacción admirable alborea ya, tanto en el campo psicológico experimental, como en el campo propio y exclusivamente sacerdotal.

Una encuesta interesante

Vamos a ocuparnos de la Confesión de los niños—se escribía no ha mucho en una de las más recientes y vibrantes Revistas Sacerdotales—

"El tema es interesante al par que práctico.

A juicio de algunos Directores de Catequesis, a quienes abordamos de intento sobre el particular, el Sacramento de la Penitencia juega un papel decisivo en la formación cristiana del niño.

En nuestras propias manos tenemos, dicen unánimes, este medio efficacísimo, de un valor educativo incalculable cuyo buen empleo nos llevará a la realización de nuestro ideal en la labor con los niños: a su perfecta formación cristiana.

Ved aquí algunas de sus manifestaciones:

"El fin de toda instrucción religiosa debe ser orientar a los niños a la provechosa participación de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, que son los dos medios mejores para educar cristianamente a los niños", dice uno de ellos "Daría

por muy bien empleados seis años de Catequesis, si al cabo de ellos supieran mis niños confesarse bien", decía otro.

"La Confesión de los niños es una obra hoy un tanto descuidada sobre todo en las localidades de grandes afluencias de niños, de escuelas y colegios, y que debe constituir una preocupación y ser objeto de especial atención por parte de los Sacerdotes" añade un tercero.

Así habían sacerdotes celosos y experimentados, y en estas mismas ideas abundaba el mismo santo y sabio Cardenal Mercier, cuando dirigía a sus sacerdotes estas palabras que son exhortación y programa a la vez: "La Confesión de los niños no puede, sin culpa, tratarse con descuido y con desventura. El momento es eminentemente propicio para dar, a cada uno, dirección. Sí, una dirección. Desde su más tierna edad, hay que hacer, entrever a los niños, por medio de consejos y exhortaciones apropiados, el ideal de la perfección evangélica, hacerles desear, por encima de todo, la piedad para con Dios Padre, el amor a Nuestro Señor Jesucristo, el trato amistoso con El, y el culto al Espíritu Santo en el Santuario de nuestras almas".

El ideal de la perfección evangélica, que coincide plenamente con el ideal de la perfección catequística y que se resume en una sola palabra "Caridad".

La Caridad

El fin que debemos tener siempre presente en nuestras catequesis,—dice San Agustín en su preciosa obra "De Cathéchi-zandis Rudibus",—es la caridad, para referir a ella todo lo que digamos, y a eso mismo tenemos que mover a aquel a quien instruimos y educamos".

Hasta la Eucaristía—que es, como indicábamos, la práctica catequística por antonomasia—tiene por fin esencial la caridad.

Por eso el mismo gran Cardenal, a continuación de las sentidísimas palabras antes citadas, expresando su fervido anhelo de que, en cada Parroquia, se diga una Misa con participación frecuente y hasta cotidiana de niños a la Santa Comunión, añade estas otras verdaderamente áureas y de palpitante actualidad: "eso sería el retorno a la piedad eucarística de los primeros siglos del cristianismo y, al mismo tiempo, para las generaciones de mañana, una preparación excelente a la

verdadera fraternidad, honor y fuerza de los tiempos apóstolicos”.

Formemos generaciones cristianas de verdad

¡Las generaciones de mañana! Formémoslas, oh sacerdotes míos, en nuestras catequesis, con prácticas catequísticas como las de aquellos cristianos primitivos que eran perseverantes en la Catequesis, en la Eucaristía y en la oración, y que repartían sus bienes con caridad tan cristiana, y que no había entre ellos ni un solo indigente, según lo refieren los Hechos.

Grabémosles en el alma la convicción bien sentida y vibrante de que nada puede darse más anticristiano y absurdo que ese concepto de comunión egoísta, tan desgraciadamente generalizado entre muchas personas sedicentes piadosas de hoy, que creen compatible la comunión frecuente y aún la diaria, con la despreocupación más absoluta de sus prójimos, de tantos hermanos suyos que viven, tal vez, en su misma calle, teniendo muerta su vida sobrenatural por carencia de doctrina espiritual y depauperada su vida fisiológica por falta de sustento material.

Absurdo inconcebible

Absurdo sin nombre el de una comunión sin caridad, cuando precisamente, y como lo subraya el Ripalda, se llama Comunión este Sacramento porque une a los fieles entre sí y con Jesucristo su cabeza.

A los fieles entre sí y con Jesucristo, que para darnos a entender, sin duda, que este Sacramento es el de la fraternidad cristiana por antonomasia, quiso aguardar a la misma solemnísimas hora de la institución de la Sagrada Eucaristía, para promulgar el mandamiento nuevo, su mandamiento supremo: “este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como yo os he amado”, como deben amarse los que comulgan en una misma mesa y en ella comen la misma carne de su Dios, que se ha dado a ellos por amor.

Practiquemos y hagamos practicar la caridad

Ya pues que de prácticas catequísticas venimos tratando hagámosles practicar a nuestros niños ante todo, y, a la par

que la Eucaristía, la Caridad, hondamente convencidos de que, por ejemplo, una visita a los Ancianos de las Hermanitas, o a un compañerito enfermo, o el obsequio de una prenda de vestir a otro necesitado, constituyen una de las prácticas catequísticas más pedagógicas y eficaces.

A condición, claro está, de que seamos nosotros mismos los sacerdotes y catequistas, los que empecemos por dar ese ejemplo de caridad. Porque es incuestionable que "el catequista influye más hondamente sobre sus pequeños discípulos por lo que hace, que por lo que sabe o lo que dice. El ejemplo es la enseñanza intuitiva por excelencia".

Y ¡qué ejemplo tan hondamente influente y hasta decisivo sobre los niñitos descalzos y semidesnudos de nuestros barrios será el de los catequistas que al propio tiempo que les iluminan la inteligencia y les educan el corazón les vistan sus cuerpitos, para acercarlos con frecuencia al confesionario, a recibir a Jesús que tanto amó a los niños y a los pobres!

Y por el contrario ¡qué catequesis tan perfectamente inútiles y tan maravillosamente ineficaces no serán las nuestras, si los niños que a ellas acuden nos contemplan siempre tan confortablemente vestidos, sin que nos vean que nos preocupamos jamás ni de sus pies descalzos, ni de sus andrajos, ni del hermanito que ha quedado encerrado en casa sin poder acompañarles al catecismo, por no tener ni andrajos tan siquiera con que cubrir su cuerpecito desnudo, que no es un caso quimérico precisamente al que aludimos en este momento.

Caridad corporal y espiritual

Y, a la par que la caridad corporal, y con mayor empeño todavía, hagámosles practicar entre sí a nuestros alumnos, empezando por haberla con ellos, la sublime y suprema caridad espiritual, conforme al maravilloso programa que trazaba el gran Apóstol, en su epístola a los Colosenses: "Revestíos, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad, sobrellevándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguien tiene queja contra alguien. Pero, sobre todo, mantened la caridad, que es vínculo de la perfección y la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones".

Y continúa con frases que habremos de citar luego y que nos llevan, como por la mano, a recordar la última de las prác-

ticas catequísticas fundamentales, y aunque no tanto como las apuntadas, de importancia tan extraordinaria, sin embargo, en la catequesis, qué catequista ha habido, que no ha titubeado en calificarla de “alma” y vida de la misma. Nos referimos a los cánticos.

Cánticos

Pero, aun dejando para tratarlos más detenidamente esos medios fundamentales, permítasenos no silenciar aquí uno que, sin ser tan fundamental, es, no obstante, tan esencial a la catequesis; que hay quien no ha titubeado en calificarlo de “alma y vida” de la misma.

Nos referimos a los cánticos. Desde luego nadie podrá poner en tela de juicio que son uno de sus mejores auxiliares. Como que “los cánticos, en expresión del Dr. Balkenhol, excitan el sentimiento, graban en la memoria la doctrina, revisten la oración de forma agradable, renuevan, al oírlos en el templo, el recuerdo de la infancia, evitan en la Catequesis la monotonía”.

El mismo San Pablo recomendaba ya a los Colosenses los cánticos “como resorte triunfador en la enseñanza cristiana”.

“Que la palabra de Cristo, les decía, more abundantemente en vosotros, enseñándoos y amonestándoos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con la gracia en vuestros corazones a Dios”.

Una memoria magistral

Sentimos de verdad no disponer de espacio suficiente para reproducir íntegra en estas páginas la magistral memoria que el egregio escolapio P. Valentia Caballero presentara en el Primer Congreso Catequístico Nacional Español. “Es de tal manera necesario el canto en los Catecismos, que dice Dupanloup, que si le hubieran propuesto organizar un Catecismo sin cánticos, no lo hubiera aceptado por creerlo imposible.

Estudiemos este punto; quizás no se ha considerado bastante su importancia y a eso obedece el descuido e indiferencia con que se le mira, o la rutina con que se le practica.

Desde luego no hay medio de que hayan echado mano con más interés los ímpios para pervertir y corromper las almas.

Desde Anriio y los Donatistas, pasando por Lutero y Calvino hasta los factores del comunismo ruso o los autores de esos couplets callejeros, que tantas almas pervierten.

Y pensar que el canto, don de Dios, y destinado por El para pregonar su gloria, haya de ser patrimonio casi exclusivo de los malos y lo hayan de mirar con indiferencia los buenos! Triste es pensarlo, pero arma ha sido esta poco o mal utilizada por los fieles, sobre todo en nuestra patria.

Urge pues reconocer su olvidado valor y utilizar su poderosa acción.

* * *

Los cánticos, dice S. Bernardo "mentes hominum, aetificant, fastidiosos oblectant, plgr̄os sollicitant". Son como corrientes eléctricas que circulan por todo el concurso y despiertan en los niños actividades dormidas o somnolientas.

Son como irradiaciones de luz y de alegría, de alegría sobre todo, que si es vida para todos, lo es particularmente para los niños, siendo su principal efecto hacerles amable el Catecismo y disponerlos para recibir agradablemente sus instrucciones.

Si reina en el Catecismo la explicación rígida, monótona, exclusiva, y sólo se busca el orden exterior, pronto se disgustarán los niños de la catequesis y acabarán por disgustarse de lo que en ella se le explica.

Que canten, pues, los niños, **cantat jubilus** diremos imitando a San Agustín y que sea la alegría el alma del catecismo y contribuya eficazmente a dejarles recuerdos placenteros.

Pero esta finalidad, con ser y todo tan importante, no es sin embargo la principal.

* * *

Cantat amor, dice el mismo San Agustín; ese es el lenguaje del amor y no sabrá el pueblo expresarlo sino por medio del canto.

Pero así como dicen los autores ascéticos que, si las llamadas oraciones jácatorias son expresión de los efectos del alma, son también, muchas veces, incentivos de los mismos, así el canto contribuye eficazmente a despertar el amor, aun en aquellos que parecieran más fríos o renitentes.

Por eso, "no hay quizá práctica de devoción popular que tenga mayor influencia sobre nuestros sentidos ni que más hiera nuestro corazón, que el canto religioso ejecutado en común por el pueblo", ha dicho el Cardenal Gibbons.

Y este es uno de los afectos más de apetecer en los niños: despertar en ellos el amor por las cosas santas ya que por desgracia tantos incentivos han de tener para amores que no lo son.

Y como *oppositorum eadē est ratio*, este amor despierta el sentimiento de aversión a cuanto a él se oponga y particularmente el dolor de los pedados, no siendo raro ver a los niños conmovirse hasta derramar lágrimas por la impresión sentidísima de una canción de penitencia. Ya lo había notado San Bernardo.

De aquí a pedir perdón, a orar no hay más que un paso que el mismo Santo nos indica, si es que el mismo canto no es ya una oración como hermosamente dice Dupondup hablando a los catequistas: "contis dificultades en inspirar a los niños el gusto de la oración: comenzad por inspirarles el gusto de los santos cánticos: hacédles cantar: cantar es orar, es orar con fervor y a veces hasta con transportes de amor".

Hacedles cantar

Catequista, empeñado en la sublime tarea de lograr la cooperación de los alumnos a tus esfuerzos, condición indispensable para el éxito de tus trabajos: acabas de explicar a los niños el Poder infinito de Dios, les has hecho ver cómo se refleja impnente en los rayos, en los terremotos, en las tempestades; hazles cantar entonces el "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, libranos Señor de todo mal"; verás qué impresión tan patética les produce.

¿Les has hablado del fin del hombre o de la transcendencia de la salvación del alma? Hazles cantar las estrofas del "Sálvame Virgen María"; verás cuán grabadas se les quedan las verdades eternas en ellas compendiadas.

¿Intentas hacerles vivir los sentimientos y afectos con que deben acercarse a la Sagrada Comunión? Hazles cantar los actos de fé, humildad y amor expresados en el cántico "Oh buen Jesús yo creo firmemente, etc.", verás con qué devoción se acercan a comulgar.

¿Quieres en una palabra enseñarles a creer, a orar, a recibir, a practicar? Enséñales a cantar.

Pero con dos condiciones. Y es la primera, la de que nunca hay que hacerles cantar nada, sin haberles previamente enseñado y explicado la letra: es decir, sin haberles hecho fijar su atención en la idea que expresan y los sentimientos que sugieren las palabras que van a recitar cantando.

Segunda. Que canten suavemente, dulcemente, piadosamente, con el alma, que es la expresión que usa para que le entiendan esto uno de mis beneméritos sacerdotes y apóstol de los niños, evitando esas vociferaciones estruendosas, que muchas veces no son sino síntomas de disipación y que, desde luego, revelan falta de gusto en los niños... y en los mayores.

V) NUESTROS PROGRAMAS

Después de todo lo dicho, no será menester que nos detengamos en explicar los programas de catecismo que hemos redactado.

Compuestos en forma cíclica concéntrica, corresponden a los tres grados del Catecismo Diocesano. Faltan el programa correspondiente al grado preparatorio de los parvulitos y el del Grado Superior, que habrán de publicarse más adelante, si Dios quiere.

Entretanto, y en cuanto al primero de estos, nuestros Venerables Cooperadores pueden servirse de libritos tan sugestivos como el "Libro del Párvulo", publicado por el eximio catequista D. Juan Tusquets.

Por lo que hace a los programas que ahora publicamos, verán que están divididos en lecciones, cada una de las cuales abarca cinco puntos, a saber: **Historia; Doctrina; Preguntas retrospectivas; Prácticas de formación y Cánticos.**

1) **Historia.** Es la comprendida en las páginas bíblicas que constituyen la primera parte de las lecciones de nuestro texto de Catecismo, y que los niños de cada grado habrán de aprender y referir de la manera más adecuada a su capacidad. El texto literal de la Biblia, con ser único, posee esta maravillosa adaptabilidad.

2) **Doctrina.** Es la contenida en las preguntas y respuestas del Ripalda, segunda parte de cada una de las lecciones de nuestro texto, que, sobre todo, en el programa correspondiente al primer grado, hemos procurado reducirlos a su minimum.

Además, en cada uno de los programas ulteriores vamos reproduciendo, a la letra, las preguntas del grado anterior, facilitando y ahorrando, de ese modo, esfuerzos de memoria. Y a esto, y al pié forzado del texto del Ripalda, hemos subordinado las ventajas que, por otra parte, pudiera ofrecer la diversidad absoluta de las preguntas en cada grado.

El asterisco de que van precedidas algunas de las preguntas del programa de segundo grado, significa que estas fueron incluidas ya y aprendidas en el primero.

3) **Preguntas retrospectivas**, que pudiéramos denominar comprobativas o comprobadoras de si los niños se han dado cuenta y han entendido la historia que acaban de referir, las respuestas del texto que acaban de repetir, las explicaciones catequísticas que les acabamos de dar.

Pena dá el observar que, a veces, niños que contestan como verdaderos portentos a las preguntas todas del texto del catecismo, se quedan totalmente mudos en cuanto se les pide contestación a las preguntas más sencillas, no consignadas en aquel.

No olvidemos que son precisamente estas preguntas “el medio por excelencia del catequista.”

Porque ellas, además de comprobar si los niños se dan cuenta de lo que dicen, precisan ideas, aclaran nociones, excitan la curiosidad, sujetan la imaginación, sostienen la atención, sirven de descanso y hasta pueden contribuir a que los niños hagan actos explícitos de las virtudes teologales acerca de los temas sobre que se les pregunta.

En cuanto al modo de hacer estas preguntas, hemos recordado algunos procedimientos en los párrafos titulados “Un procedimiento sencillo y práctico”; y “El diálogo”; en esta misma Carta Pastoral.

Como deben corresponder, en gran parte, a las explicaciones del catequista, en vez de formularlas nosotros en un programa general, nos ha parecido muchísimo más didáctico el recomendar a cada sacerdote catequista la tarea de ir las formulando y consignando en su programa respectivo.

4) **Prácticas de formación**. Como deben corresponder asimismo al desarrollo de lo enseñado e inculcado en cada una de las lecciones. Nos ha parecido incomparablemente más pedagógico el que, en vez de ser Nosotros los que las estereotipemos, sean los propios Párrocos los que en cada parroquia, determinen y redacten las prácticas que los niños hayan de realizar en cada una de las lecciones, por ejemplo:

redactar tal tema,
describir tal objeto litúrgico,
rezar tal oración,

recordar cuándo celebra la Iglesia tal misterio,
formular un acto de tal virtud,
practicar tal acto de otra, durante la semana,
hacer tal propósito,
expresar a Dios tal afecto,
resumir una narración,
razonar un porqué,
dibujar un objeto,
resolver un caso práctico,
fijarse en los personajes,
y describir la escena de tal o cual grabado,
y hacer aplicaciones eucarísticas sobre todo.

Por este motivo hemos ido dejando en blanco las líneas correspondientes a las prácticas de cada lección.

Y tanto nuestros Visitadores Catequísticos Diocesanos que, de conformidad con lo prescripto por la S. Congregación del Concilio, acabamos de nombrar, como Nos mismo, procuraremos atenernos a ellas en nuestros exámenes y preguntas a los niños de nuestras Catequesis, Colegios y Escuelas.

UN ENCARGO IMPORTANTE

a todos los Venerables Señores Párrocos, así como también a todos los demás Señores Sacerdotes encargados de enseñar la Religión a alumnos de primera enseñanza, que, en el término de seis meses, a contar de la publicación de la presente Pastoral, Nos remitan los programas de los dos primeros grados de Catecismo, que ahora publicamos, completados con las preguntas retrospectivas y las indicaciones de las prácticas correspondientes a cada una de las lecciones, tal como ellos se las hagan realizar a sus alumnos.

Al mismo tiempo les rogamos que, a su vez, y con toda libertad nos hagan todas las observaciones y sugerencias que, contrastadas en la experiencia, creyeran conducentes para la reforma y mejora de estos programas nuestros.

Programas que, por nuestra parte, y cuando dispengamos de tiempo para ello, quisiéramos completar con uno de Catecismo Preparatorio para párvulos; otro de Catecismo Completo para Círculos de Estudios y un tercero, de Catecismo de Adultos, que sirviera para uniformar la labor que realizan nuestros Párrocos en cumplimiento del gravísimo deber que les recuerda el Cánón 1322 del Código de Derecho Canónico

Conclusión

Tenemos, V. H. un nuevo Catecismo Histórico-Doctrinal. Tenemos, desde ahora, los Programas de Catecismo.

Pero no olvidemos nunca que el secreto del éxito de nuestras Catequesis no está ni en el texto de Catecismo, ni en los Programas. Está en el Catequista.

Y el secreto del buen Catequista está, a su vez, en que modele su corazón conforme al modelo supremo, el Corazón de Jesús.

Es decir, en que tenga un corazón que sepa preocuparse para que ni un sólo niño se pierda por falta de catequesis. Recordemos que el comentario puesto por Cristo a una de sus más emocionantes comparaciones evangélicas fué el terminante de, "sic non est voluntas ante Patrem vestrum qui in coelis est ut pereat unus de pusillis istis".

Un corazón, que sepa amar a los niños con aquel sobrenatural afecto divino con que los convocaba a sí diciendo: "dejad que los niños se acerquen a mí, y no se lo impidais, que de estos es el Reino de Dios".

Un corazón, que sepa respetarles con aquel respeto santo que le hacía exclamar: "cuidado con que menospreciéis a uno sólo de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre la cara de mi Padre, que está en los cielos" y que fué precisamente el que le hizo prorrumplir en aquellas frases, de las más vehementes y aterradoras del Evangelio, expresión sublime de su amor sacerdotal a los niños: "al que escandalizare a uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo anegasen en lo profundo del mar".

Un corazón, en fin, hondamente convencido de que el que recibe en la catequesis a los niños y se sacrifica por ellos, recibe al mismo Jesucristo. "Quisquis unum ex hujusmodi pueris receperit in nomine meo Me recipit".

Que el conocimiento, el amor y la imitación del Corazón de Jesús sean el punto en que converjan los esfuerzos de los catequistas por su santificación personal y por la santificación de sus alumnos, que es el fin de toda Catequesis.

Recibid todos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos míos, la bendición que, muy de corazón, os damos, en el Nombre del Padre + y del Hijo + y del Espíritu + Santo.

En Las Palmas de Gran Canaria, el día de San Agustín de 1941.

ANTONIO, Obispo de Canarias.

PROGRAMA DE CATECISMO

PARA EL PRIMER GRADO

Lección 1.^a

LA SEÑAL DEL CRISTIANO

(I)

¿Sois cristiano?
Haced bien la señal de la cruz.

Lección 2.^a

LA DOCTRINA CRISTIANA

(II)

¿Qué es la Doctrina Cristiana?
Rezad bien el "Padre Nuestro" y el "Ave María".

Lección 3.^a

EL CREDO

(III)

Decid bien las tres primeras palabras del Credo.
¿Qué queréis decir cuando decís "creo"?
Rezad bien el "Gloria al Padre".

Lección 4.^a

DIOS CREADOR

(V)

HISTORIA.— Creación del mundo.

DOCTRINA.— Rezad bien el Credo hasta "Creador del cielo y de la tierra"

¿Quién hizo los cielos y la tierra?

¿Quién es Dios?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 5.ª

DIOS UNO Y TRINO

(VI)

HISTORIA.— Contar qué hizo Dios cuando dijo: “Hagamos al hombre”.

DOCTRINA.— Rezad bien el Credo en Dios Padre... “y en Jesucristo su único Hijo... hasta “Creo en el “Espíritu Santo”.

¿Cuántos dioses hay?

¿Este Dios, es una persona sola?

¿Cuáles son las tres divinas Personas?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 6.ª

DIOS CREADOR DEL HOMBRE

(VII)

HISTORIA.— Creación de Adán y Eva.

DOCTRINA.— ¿A quién creó Dios en el Paraíso terrenal?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 7.ª

DIOS FIN ULTIMO

(IX)

HISTORIA.— Adán y Eva en el Paraíso.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el fin último para el que creó Dios al hombre?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 8.^a

DIOS, OMNIPRESENTE

(X)

HISTORIA.—Cain y Abel.
DOCTRINA.—¿Dios nos mira siempre?
PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 9.^a

DIOS REMUNERADOR

(XI)

HISTORIA.—El Diluvio.
DOCTRINA.—¿Cómo es Dios remunerador?
PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICO

Lección 10.^a

JESUCRISTO

(XV y XVII)

HISTORIA.—El Nacimiento de Jesús.
DOCTRINA.—Rezad bien el Credo hasta "y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen."
¿Cómo se llama el Hijo de Dios hecho Hombre?
Según eso, ¿quién es Jesucristo?
PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 11*

VIDA DE JESUCRISTO

(XVIII)

HISTORIA.— Nárrese lo que hizo Jesucristo hasta la edad de 30 años.
Refiéranse algunos de sus principales milagros después realizados.

DOCTRINA.—¿Para qué se hizo Dios Hombre?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 12*

PASIÓN Y MUERTE DE JESUCRISTO

(XIX)

HISTORIA.— Cuéntese brevemente como fué apreado, crucificado y muerto N. S. Jesucristo.

DOCTRINA.—Rezad bien el Credo hasta el “fué crucificado, muerto y sepultado”.

¿Por qué quiso morir Jesucristo?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 13*

RESURRECION DE JESUCRISTO

(XXI)

HISTORIA.— Nárrese como resucitó Jesucristo y como se apareció a los Apóstoles.

DOCTRINA.—Rezad bien el Credo hasta el “resucitó de entre los muertos.

¿Qué queréis decir cuando decís que Jesucristo resucitó?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 14^a

EL ESPÍRITU SANTO

(XXIV)

HISTORIA.—La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

DOCTRINA.—Rezad bien el Credo hasta el “creo en el Espíritu Santo.”

¿Quién es el Espíritu Santo?

¿Qué es gracia santificante?

¿Cómo se pierde la gracia santificante?

FREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 15^a

LA SANTA IGLESIA CATOLICA

(XXVIII)

HISTORIA.—Tu eres Pedro.

DOCTRINA.—Rezad bien el Credo hasta “la Santa Iglesia Católica.”

¿Qué es la Iglesia?

FREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 16^a

EL PERDON DE LOS PECADOS

(XXX)

HISTORIA.—El Paralítico de Cafarnaún.

DOCTRINA.—Rezad bien el Credo hasta “el perdón de los pecados”.

¿Qué creéis cuando decís: “creo el perdón de los pecados”?

¿Qué es pecado mortal?

FREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 17ª

LA VIDA PERDURABLE.

(XXXIII)

HISTORIA.—El rico Epulón.

DOCTRINA.—Decid **bien** el Credo hasta el fin.

Dijísteis más arriba que Dios es remunerador porque premia a los buenos y castiga a los malos: decidme ¿a donde van los buenos?

¿A donde van los malos?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 18ª

EL PADRENUESTRO

(XXXV)

HISTORIA.— Jesús enseña el Padrenuestro.

DOCTRINA.—Rezad **bien** el Padrenuestro.

Rezad **bien** el Ave María.

Cuando decimos el Padrenuestro, ¿con quién hablamos?

Cuando decimos el Ave María, ¿con quién hablamos?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 19ª

LOS MANDAMIENTOS

(XL)

HISTORIA.— Parábola del Buen Samaritano.

DOCTRINA.—Decid **bien** los Mandamientos de la Ley de Dios.

¿En cuántos mandamientos se encierran éstos diez?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS

Lección 20^a

LOS SACRAMENTOS.—EL BAUTISMO

(LVI)

HISTORIA.— El Bautismo de Jesús.

DOCTRINA.—¿Cuántos son los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia?

¿Qué es el Bautismo?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 21^a

LA CONFIRMACION

(LVII)

HISTORIA.— Los Apóstoles en Samaria.

DOCTRINA.—¿Qué es la Confirmación.

¿Qué carácter imprime en nuestra alma el Sacramento de la Confirmación?

¿Con qué disposición debe recibirse la Confirmación?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 22^a

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

(LVIII)

HISTORIA.— Jesucristo instituyó la Confesión.

DOCTRINA.—¿Cuántas cosas son necesarias para hacer una buena Confesión?

¿Qué es exámen de conciencia?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 23ª

LA CONTRICION

(LIX)

HISTORIA.— La pecadora arrepentida.

DOCTRINA.— ¿Qué es contrición de corazón?

¿Qué es contrición perfecta?

¿Qué es atrición?

¿Qué es propósito de la enmienda?

Rezad bien el "Señor mío Jesucristo". (fórmula breve).

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 24ª

LA CONFESION

(LX)

HISTORIA.— Parábola del hijo pródigo.

DOCTRINA.— ¿Qué debe hacer el que ha caído en pecado mortal?

El precepto de confesar los pecados, ¿a qué nos obliga?

El que calla culpablemente algún pecado mortal, ¿alcanza el perdón de los pecados?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 25ª

LA EUCHARISTIA

(LXII)

HISTORIA.— La multiplicación de los panes.

DOCTRINA.— ¿A quién recibimos cuando comulgamos?

¿Qué hay en la hostia no consagrada?

¿Qué hay en la Hostia consagrada?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 26ª

DISPOSICIONES PARA LA SAGRADA COMUNION

(LXIII)

HISTORIA.— Parábola de los convidados a una boda regia.

DOCTRINA.— ¿Con qué disposiciones debemos ir a comulgar?

¿Qué quiere decir en ayunas?

Y el que cayó en pecado mortal, ¿cómo se ha de disponer para comulgar?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 27ª

LA SANTA MISA

(LXIV)

HISTORIA.— La última cena.

DOCTRINA.— ¿Qué es la Santa Misa?

¿Para qué se ofrece la Santa Misa

Saber distinguir las partes principales de la Santa Misa.

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 28ª

DEVOCIONARIO

¿Qué debe hacer el cristiano al levantarse?

¿Qué debe hacer el cristiano al acostarse?

¿Cómo se rezan las tres Avemarías por la mañana y por la noche?

Oraciones para antes y después de comer.

Lección 29ª

Manera de prepararse para la Confesión.

Modo de confesarse bien.

Lección 30ª

Manera de prepararse a la Sagrada Comunión

Modos de dar gracias después de la misma.

PROGRAMA PARA EL SEGUNDO GRADO

Lección 1.^a

LA SEÑAL DEL CRISTIANO

(I)

- * ¿Sois cristiano?
- ¿Cuál es la insignia y señal del cristiano?
- * Haced bien la señal de la Cruz.

Lección 2.^a

LA DOCTRINA CRISTIANA

(II)

- * ¿Qué es la Doctrina Cristiana?
- ¿Cuántas partes contiene la Doctrina Cristiana?

Lección 3.^a

EL CREDO

(III)

- * Decid bien las tres primeras palabras del Credo.
- * ¿Qué queréis decir cuando decís "creo"?
- ¿Por qué lo creéis con esa certeza?

Lección 4.^a

DIOS CREADOR

(V)

HISTORIA.—* Creación del mundo.

DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta "creador del cielo y de la tierra".

- * ¿Quién hizo los cielos y la tierra?
- ¿Quién es Dios?
- ¿Le veis a Dios?
- ¿Cómo es Dios Todopoderoso?
- ¿Cómo es Dios Creador?

FREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS:

Lección 5.ª

DIOS, UNO Y TRINO

(VI)

HISTORIA.—* Narrad lo que hizo Dios cuando dijo: "Hagamos al hombre".

DOCTRINA.— Decid bien el Credo en Dios Padre... y en Jesucristo su único Hijo y en el Espíritu Santo.

* ¿Cuántos dioses hay?

* Este Dios, ¿es una persona sólo?

* ¿Cuáles son las tres divinas Personas?

El Padre, ¿es Dios?

El Hijo ¿es Dios?

El Espíritu Santo, ¿es Dios?

¿Son, por ventura, tres dioses?

FREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 6.ª

DIOS, CREADOR DE LOS ANGELES

(VII)

HISTORIA.— Creación de los Angeles.

DOCTRINA.— ¿A quién creó Dios en los cielos?

¿Qué són los Angeles?

¿Qué son los demonios?

FREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 7.ª

DIOS, CREADOR DEL HOMBRE

(VIII)

HISTORIA.—* Creación de Adán y Eva.

DOCTRINA.—* ¿A quién creó Dios en el Paraíso?

¿Qué cosa es el alma racional?

¿Qué quiere decir lamental?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 8.ª

DIOS, FIN ULTIMO

(IX)

HISTORIA.—* Adán y Eva en el Paraíso.

DOCTRINA.—* ¿Cuál es el fin último para que creó Dios al hombre?

¿Conservaron nuestros primeros padres el estado de gracia?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 9.ª

DIOS, OMNIPRESENTE

(X)

HISTORIA.—* Caín y Abel.

DOCTRINA.— ¿Dónde está Dios?

* ¿Dios nos mira siempre?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 10.ª

DIOS, REMUNERADOR

(XI)

HISTORIA.—* El Diluvio.

DOCTRINA.—* ¿Cómo es Dios remunerador?

¿Cómo castiga Dios a los que no se convierten en este mundo?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 11ª

DIOS, DUEÑO ABSOLUTO

(XII)

HISTORIA.— Abrahán e Isaac.
DOCTRINA.— ¿Es que Dios es Señor nuestro?
PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 12ª

CONCEPCION DE JESUCRISTO

(XVI)

HISTORIA.— La Anunciación.
DOCTRINA.—* ¿Cómo se llama el Hijo de Dios hecho Hombre?
* Según eso ¿quién es Jesucristo?
Habéis dicho antes que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, ¿cómo es Dios Jesucristo?
¿Y cómo es hombre Jesucristo?
PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 13ª

NACIMIENTO DE JESUCRISTO

(XVII)

HISTORIA.—* El Nacimiento de Jesús.
DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta "y nació de Santa María, Virgen".
¿Cómo pudo nacer Jesús de Madre Virgen?
Según eso, ¿quién es la Virgen Santa María?
PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 14^a

VIDA DE JESUCRISTO

(XVIII)

HISTORIA.—* Nárrese lo que hizo Jesucristo hasta los treinta años y refiéranse los principales milagros después realizados.

DOCTRINA.— ¿Qué hizo Jesucristo hasta los treinta años
¿Qué hizo Jesucristo durante los tres últimos años de su vida?

* ¿Para qué se hizo Dios hombre?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 15^a

PASION DE JESUCRISTO

(XIX)

HISTORIA.—* Jesús es apresado.—Jesús ante el Tribunal de Pilatos.—Jesús es crucificado.

DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta el “padeció debajo del poder de Poncio Pilatos”.

* ¿Por qué quiso morir Jesucristo?

¿Por qué Jesucristo quiso sufrir tanto?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 16^a

MUERTE DE JESUCRISTO

(XX)

HISTORIA.— En el Calvario.

DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta “fué crucificado, muerto y sepultado”.

¿Por qué escogió muerte de cruz?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION

CANTICOS.

Lección 17ª

RESURRECCION DE JESUCRISTO

(XXI)

HISTORIA.—* Nárrese como resucitó Jesucristo y como se apareció a los Apóstoles.

DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta “al tercer día resucitó de entre los muertos”.

Decís que bajó a los infiernos, ¿qué entendéis por infiernos?

[Y, ¿a cuál de estos infiernos o lugares bajó Nuestro Señor?

* ¿Qué quereis decir cuando decís que Jesucristo resucitó?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 18ª

ASCENSION DE JESUCRISTO

(XXII)

HISTORIA.— Jesús sube a los cielos.

DOCTRINA.— Rezad bien el Credo hasta “subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso”.

Y, Jesucristo ahora, ¿dónde está?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 19ª

SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO

(XXIII)

HISTORIA.— El Juicio final.

DOCTRINA.— Rezad bien el Credo hasta “desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”.

¿Cuándo vendrá Jesucristo a juzgar a los vivos y a los muertos?

Luego, ¿habrá dos juicios?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 20ª

EL ESPIRITU SANTO.—LA GRACIA

(XXIV)

HISTORIA.— La Venida del Espíritu Santo.

DOCTRINA.—* ¿Quién es el Espíritu Santo?

* ¿Qué es gracia santificante?

¿Y es necesaria la gracia santificante?

* ¿Cómo se pierde la gracia santificante?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 21ª

LA SANTA IGLESIA CATOLICA

(XXVIII)

HISTORIA.—* Tu eres Pedro.

DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta "la Santa Iglesia Católica".

* ¿Qué es la Iglesia?

¿Cuál es la verdadera Iglesia?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 22ª

EL PERDON DE LOS PECADOS

(XXX)

HISTORIA.—* El Paralítico de Cafarnaún.

DOCTRINA.—* Rezad bien el Credo hasta "el perdón de los pecados".

* ¿Qué creéis cuándo decís: creo el perdón de los pecados?

* ¿Qué es pecado mortal?

¿Por qué se llama mortal?

¿Cuál es la mayor felicidad del hombre en esta vida?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 23ª

LA RESURRECCION DE LA CARNE

(XXXII)

HISTORIA.— La resurrección de Lázaro.

DOCTRINA.— Y, ¿quiénes resucitarán al fin del mundo?

¿Por qué decimos resurrección de la carne?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 24ª

LA VIDA PERDURABLE

(XXXIII)

HISTORIA.—* El rico Epuón.

DOCTRINA.—* Decid bien el Credo hasta el fin.

* Dijisteis más arriba que Dios es remunerador por que premia a los buenos y castiga a los malos, ¿a dónde van los buenos?

* ¿A dónde van los malos?

¿Qué cosa es el infierno?

¿Hasta cuándo estarán los condenados en el infierno?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 25ª

LA ORACION

(XXXIV)

HISTORIA.— La Cananea.

DOCTRINA.— ¿Qué cosa es orar?

¿Cuáles son las condiciones de la buena oración?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 26ª

EL PADRE NUESTRO

(XXXV)

HISTORIA.—* Jesús enseña el Padre Nuestro.

- DOCTRINA.—* Rezad bien el Padre Nuestro.
* Rezad bien el Ave María
Rezad bien la Salve.
* Cuando decimos el Padre Nuestro, ¿con quién hablamos?
¿Por qué decimos “Nuestro”?
* Cuando decimos el Ave-María y la Salve, ¿con quién hablamos?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 27

EL PERDON DE LAS OFENSAS
(XXXVII)

- HISTORIA.— Jesús refiere la parábola del deudor cruel.
DOCTRINA.— Rezad bien el Padre Nuestro hasta “perdonanos nuestras deudas”.
¿Por qué añadís “así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 28

LOS MANDAMIENTOS
(XL)

- HISTORIA.—* Parábola del Samaritano.
DOCTRINA.—* Decid bien los Mandamientos.
¿En cuántos Mandamientos se encierran éstos diez?
¿Quién ama a Dios?
¿Qué es amar al prójimo?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 29

EL 1.º Y 2.º MANDAMIENTOS
(XLI y XLII)

- HISTORIA.— Jesús en el desierto.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el primer Mandamiento de la Ley de Dios?
Sobre el primer Mandamiento, os pregunto: ¿a qué nos obliga el amor de Dios?
¿Cuál es el segundo Mandamiento de la Ley de Dios?
¿Qué prohíbe el segundo Mandamiento de la Ley de Dios?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 30^a

EL 3er. Y 4.º MANDAMIENTOS

(XLIII y XLIV)

HISTORIA.— Jesús y sus padres.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el tercer Mandamiento de la Ley de Dios?
¿Quién es el que santifica las fiestas?
¿Cuál es el cuarto Mandamiento de la Ley de Dios?
¿Quién se dice en verdad que honra a sus padres?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 31^a

QUINTO Y SEXTO MANDAMIENTOS

(XLV y XLVI)

HISTORIA.— Jesús y los niños.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el quinto Mandamiento de la Ley de Dios?
Sobre el quinto Mandamiento os pregunto: ¿qué vida más que matar?
¿Cuál es el sexto mandamiento de la Ley de Dios?
¿Quién guarda enteramente el sexto Mandamiento de la Ley de Dios?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 32^a

SEPTIMO Y OCTAVO MANDAMIENTOS

(XLVII y XLVIII)

HISTORIA.— Judas el ladrón.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el séptimo Mandamiento de la Ley de Dios? Sobre el séptimo Mandamiento os pregunto: ¿quién lo cumple?

¿Cuál es el octavo Mandamiento de la Ley de Dios?

¿Qué nos prohíbe el octavo Mandamiento?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 33ª

EL MANDAMIENTO DE JESUS

(L)

HISTORIA.— El Mandamiento nuevo.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el Mandamiento Nuevo dado por N. S. Jesucristo?

¿Cómo cumpliremos el Mandamiento Nuevo de N. S. Jesucristo?

¿Cuántas son las obras de Misericordia?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 34ª

LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

(LI)

HISTORIA.— Los que desobedecen a la Iglesia.

DOCTRINA.— ¿Cuántos son los Mandamientos de Nuestra Santa Madre la Iglesia?

¿Cuál es el primer Mandamiento de la Iglesia?

¿Cómo peca el que no oye Misa en día de fiesta?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 35ª

2.º Y 3er. MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

(LII)

HISTORIA.— Parábola de la Cena Magna.

DOCTRINA.— ¿Cuál es el segundo Mandamiento de la Iglesia?
¿Y cuál es el tercer Mandamiento de la Iglesia?
Y los que confiesan y comulgan sacrilegamente,
¿cumplen con el segundo y tercer Mandamientos?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS.
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 36*

LOS SACRAMENTOS.—EL BAUTISMO

(LV y LVI)

HISTORIA.—* El Bautismo de Jesús.
DOCTRINA.—* ¿Cuántos son los Sacramentos de la S. M. Iglesia?
¿Qué es el Bautismo?
¿Qué pecados quita el Bautismo?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 37*

LA CONFIRMACION

(LVII)

HISTORIA.—* Los Apóstoles en Samaria.
DOCTRINA.—* ¿Qué es la Confirmación?
¿En qué manera nos da ese aumento?
* ¿Qué carácter imprime en nuestra alma el Sacramen-
to de la Confirmación?
* ¿Con qué disposición debe recibirse la Confirmación?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 38*

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

(LVIII)

HISTORIA.—* Jesucristo instituye la Confesión.
DOCTRINA.—* ¿Cuántas cosas son necesarias para hacer una buena
confesión?

- * ¿Qué es examen de conciencia?
¿Por dónde hemos de hacer el examen de conciencia?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 39

LA CONTRICION

(LIX)

HISTORIA.—* La pecadora arrepentida.

DOCTRINA.—* ¿Qué es dolor o contrición de corazón?

* ¿Qué es contrición perfecta?

* ¿Qué es atrición?

¿Por qué es mejor el dolor de Contrición?

* ¿Qué cosa es propósito de la enmienda?

El que se confiesa sin verdadero dolor y propósito,

¿alcanza el perdón de sus pecados?

Rezad bien el "Señor mío, Jesucristo".

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 40

LA CONFESION

(LX)

HISTORIA.—* Parábola del hijo pródigo.

DOCTRINA.—* ¿Qué debe hacer el que ha caído en pecado mortal?

* El precepto de confesar los pecados, ¿a qué nos obliga?

* El que calla culpablemente algún pecado mortal en la confesión, ¿alcanza el perdón de sus pecados?

¿Está obligado el confesor al sigilo sacramental?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS
PRACTICAS DE FORMACION.
CANTICOS.

Lección 41^a

LA EUCARISTIA

(LXII)

HISTORIA.—* La multiplicación de los panes.

DOCTRINA.—¿Qué es el Sacramento de la Eucaristía?

* ¿A quién recibimos cuando comulgamos?

* ¿Qué hay en la hostia no consagrada?

* ¿Qué hay en la Hostia consagrada?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 42^a

DISPOSICIONES PARA LA COMUNION

(LXIII)

HISTORIA.—* Parábola de los convidados a una boda, regia.

DOCTRINA.—* ¿Con qué disposiciones debemos ir a comulgar?

* ¿Qué quiere decir en ayunas?

El que llega a la Comunión con conciencia de pecado mortal, ¿recibe también a Jesucristo?

* Y el que cayó en pecado mortal, ¿cómo se ha de disponer para comulgar?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 43^a

LA SANTA MISA

(LXIV)

HISTORIA.—* La última Cena.

DOCTRINA.—* ¿Qué es la Santa Misa?

¿Para qué se ofrece la Santa Misa?

¿A quién representa el sacerdote?

* Saber distinguir las principales partes de la Santa Misa.

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 44^a

EL ORDEN

(LXVI)

HISTORIA.— La elección de los Apóstoles.

DOCTRINA.— ¿Qué es el Sacramento del Orden?

¿Qué potestad dá el Orden a los Sacerdotes?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

Lección 45^a

LA ACCION CATOLICA

(LXIX)

HISTORIA.— Los setenta y dos discípulos.

DOCTRINA.— ¿Qué es la Acción Católica?

¿Cuál es el fin primordial de la Acción Católica?

PREGUNTAS RETROSPECTIVAS

PRACTICAS DE FORMACION.

CANTICOS.

PROGRAMA

PARA EL TERCER GRADO

Comprende las setenta lecciones del texto de Catecismo Diocesano con sus correspondientes.

Historia

Doctrina

Preguntas retrospectivas

Prácticas de formación

Cánticos

NOTA.—Los números romanos añadidos entre paréntesis al título de cada lección de los programas, indican el número de la lección del Catecismo Diocesano en que se encuentran la Historia y la Doctrina correspondientes.